

in Popol Vah, ed. Piedra Santa
1967.

INTRODUCCION

I

LAS NARRACIONES DE LOS INDIOS

TERMINADA la conquista de México por los españoles, Hernán Cortés, a cuya noticia había llegado la existencia de ricas tierras habitadas por numerosas tribus de Guatemala, dispuso enviar a someterlas al más intrépido de sus capitanes, Pedro de Alvarado.

Varias naciones indígenas, descendientes de los antiguos mayas, ocupaban el territorio de Guatemala en el siglo XVI. Entre ellas, las más importantes y numerosas eran, sin duda, la quiché y la cakchiquel, pueblos rivales que varias veces se habían hecho la guerra y que se disputaban continuamente la supremacía por razones territoriales, políticas y económicas. La nación quiché era, en la época de la conquista española, la más poderosa y culta de las que ocupaban el territorio de la América Central. Cuando, en 1524, se presentó Alvarado ante las fronteras del Quiché, los indios le opusieron la más vigorosa resistencia, pero, después de sangrientas batallas, tuvieron que rendirse ante la superioridad de las armas y la táctica de los españoles. Como recurso desesperado, los reyes quichés ofrecieron a Alvarado recibirlo en paz en su capital, la ciudad de Utlán; pero una vez dentro de sus muros, el astuto capitán español sospechó que se trataba de destruirlo a él y a su ejército en las estrechas calles y fortificaciones, y se retiró a los campos circunvecinos, se apoderó de los reyes, los condenó a muerte como traidores, y los ejecutó a la vista de la población aterrorizada. En seguida mandó arrasar la ciudad, cuyos habitantes se dispersaron en todas direcciones.

Alvarado mismo, en carta que dirigió a Hernán Cortés, dándole cuenta de la campaña, describe las intenciones que

creyó ver en los reyes quichés y concluye con estas palabras: "E como conocí de ellos tener tan mala voluntad al servicio de su majestad y para el bien y sociogo de esta tierra, yo los quemé y mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos, porque es tan peligrosa y tan fuerte que más parece casa de ladrones que de pobladores".¹

Es probable que una parte de los habitantes de Utatlán, especialmente los miembros de la nobleza, que tenían sus casas en la capital y las vieron desaparecer devoradas por el fuego, se haya trasladado al pueblo inmediato de Chichicastenango, que los antiguos quichés llamaban Chuilá, o lugar de las ortigas. Los españoles dieron más tarde a este pueblo el nombre de Santo Tomás y confiaron su pacificación a los misioneros de las órdenes religiosas, quienes convirtieron a los habitantes a la fe católica y los iniciaron en la civilización del antiguo continente. De esta manera, Santo Tomás Chichicastenango, como se ha continuado llamando a esta población, constituye un núcleo importante de indios quichés, que prosperó a través de los trescientos años del gobierno español y que es hoy una de las comunidades indígenas más industriosas y extensas de Guatemala y la meca del extranjero, a quien atraen poderosamente la belleza natural del lugar y las costumbres pintorescas de sus habitantes.

Dentro de los muros del espacioso convento de Chichicastenango, vivió a principios del siglo XVIII el Padre Fray Francisco Ximénez, de la Orden de Santo Domingo. El Padre Ximénez era un varón sabio y bondadoso, conocedor de las lenguas de los indios y vivamente interesado en convertirlos a la religión cristiana. Es probable que en su trato con ellos y mediante su ayuda y consejos paternales, se haya conquistado su confianza y haya conseguido que le refirieran las leyendas y tradiciones de su raza. Ximénez, como se ha dicho, era consumado lingüista, y, por consiguiente, tenía la ventaja de poder comunicarse con sus feligreses en la misma lengua quiché, de la que ha dejado valiosos estudios gramaticales. Todas estas circunstancias favorables ayudaron a vencer la natural desconfianza de los indios, y a ellas se debe, probablemente, que, por último, llegara a manos del religioso dominicano el libro que tan celosamente guardaban y que

¹ Carta-Relación de Alvarado a Hernán Cortés. En *Libro Viejo de la Fundación de Guatemala*, pp. 271-275.

contenía las antiguas historias de su nación.

Este documento, escrito poco después de la conquista española por un indio quiché que aprendió a leer y escribir el idioma castellano, es conocido generalmente por el nombre de *Popol Vuh*, *Popol Buj*, *Libro del Consejo*, *Libro Sagrado*, *Libro del Común* o *Libro Nacional de los Quichés*, y contiene las ideas cosmogónicas y las antiguas tradiciones de este pueblo americano, la historia de sus orígenes y la cronología de sus reyes, hasta el año 1550.

Se ignoran el nombre del autor de este libro y el destino de su obra original, la que permaneció oculta por más de ciento cincuenta años. El Padre Ximénez, que la descubrió en su curato de Santo Tomás Chichicastenango, hizo una transcripción del texto quiché y una traducción a la lengua castellana, que intituló *Historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala*. Esta transcripción se conserva, escrita de manos del padre historiador; pero del documento original, escrito en lengua quiché, no ha quedado noticia alguna y es posible que, después que el Padre Ximénez hizo uso de él, haya vuelto a manos de los indios y a la obscuridad en que hasta entonces había existido.

Dice Ximénez que la falta de noticias de la antigüedad de los indios se debe a que éstos ocultaron los libros en que las tenían consignadas, y que, si bien es cierto que en algunas partes se hallaron dichos libros, no fue posible leerlos ni entenderlos. Por esta razón —dice el historiador— "se ha discurrido variamente acerca de estas gentes y de su origen". Y agrega: "y así determiné el trasuntar de *verbo ad verbum* todas sus historias como las traduje en nuestra lengua castellana, de la lengua quiché en que las hallé escritas desde el tiempo de la conquista, que entonces (como allí dicen) las redujeron de su modo de escribir al nuestro; pero fue con todo sigilo que se conservó entre ellos, con tanto secreto, que ni memoria se hacía entre los ministros antiguos de tal cosa, e indagando yo aqieste punto, estando en el curato de Santo Tomás Chichicastenango, hallé que era la Doctrina que primero mamaban con la leche y que todos ellos casi lo tiene de memoria y descubrí que de aquestos libros tenían muchos entre sí... Y porque he visto a muchos historiadores tratando de las cosas de aquestas gentes y sus creencias, decir y tocar algunas cosas de las que en sus historias contienen, que sólo fueron noticias sueltas, porque no vieron las historias, como

ellos las tenían escritas, he determinado poner aquí y trasladar todas sus historias, conforme ellos las tienen escritas".²

Estas son, más o menos, las mismas palabras que el Padre Ximénez había usado en el prólogo de su primera versión castellana del manuscrito quiché, para describir el propósito de su trabajo. "Además de sacar a luz lo que había en la antigüedad entre estos indios --dice en aquel lugar-- se reduce esta mi obra a dar luz y noticia de los errores que tuvieron en su gentilidad y que todavía conservan entre sí: quise trasladar todas las historias a la letra de estos indios y también traducirlas en la lengua castellana y ponerle los escolios que al fin van puestos, que son como anotaciones de la historia que se van declarando las cosas de los indios, porque discurro que habrá muchos curiosos que quieran saberlas, y con eso, si no saben la lengua, tendrán facilidad de poderlo saber".³

En la Relación de la expedición de Fray Alonso Ponce⁴ se dice que una de las cosas de que eran alabados los mayas de Yucatán (a quienes visitó en 1586) eran alabados por varias cosas, siendo "la una de que en su antigüedad tenían caracteres y letras, con que escribían sus historias y las ceremonias y orden de los sacrificios de sus ídolos y su calendario, en libros hechos de corteza de cierto árbol, los cuales eran unas tiras muy largas de quarta o tercia en ancho, que se desdoblaban y recogían, y venía a quedar a manera de un libro encuadrado en cuartilla, poco más o menos. Estas letras y caracteres no las entendían sino los sacerdotes de los ídolos (que en aquella lengua se llaman 'ahkines') y algún indio principal".

Los indios de México y Guatemala conservaban también sus historias y otros escritos por medio de pinturas en lienzos, algunos de los cuales se salvaron de la destrucción general de que fueron víctimas los libros y documentos indígenas. El Obispo de Chiapas, Fray Bartolomé de las Casas, que a raíz de la Conquista recogió abundantes informaciones sobre la vida y costumbres de los indios, dice en un pasaje frecuentemente

2 Ximénez, 1929, t. I, p. 6.

3 Ximénez, 1857, pp. 1-2.

4 *Relación breve y verdadera de algunas de las muchas cosas que sucedieron al Padre Fray Alonso en las provincias de la Nueva España. Colección de Documentos para la historia de España*, t. LVII y LVIII. Madrid, 1873. t. 2º, pág. 392.

citado de sus obras, que había entre ellos cronistas e historiadores que conocían los orígenes de todas las cosas de la religión, de las fundaciones de los pueblos y ciudades, cómo comenzaron los reyes y señores, sus hechos memorables, cómo gobernaron y cómo se elegía a sus sucesores; sabían de los grandes hombres y esforzados capitanes, las guerras que hubo, las antiguas costumbres y todo lo que pertenece a la historia. Y agrega que "estos cronistas tenían cuenta de los días, meses y años [y] aunque no tenían escritura como nosotros, tenían empero sus figuras y caracteres" con los cuales representaban todo lo que querían, y con ellos formaban "sus libros grandes, por tan agudo y sutil artificio que podríamos decir que nuestras letras en aquello no les hicieron mucha ventaja. Destos libros vieron algunos nuestros religiosos, y aun yo vide parte los cuales se han quemado por parecer de los frailes, pareciéndoles, por lo que tocaba a la religión, en este tiempo y principio de su conversión, quizá no les hiciese daño".⁵

Los historiadores Acosta, Clavijero e Ixtlilxóchitl refieren que los indios aprendían a recitar las arengas más notables de sus antepasados y los cantos de sus poetas y que unas y otras se enseñaban a los jóvenes en las escuelas anexas a los templos, y de esta manera se transmitían de generación en generación. El Obispo Las Casas, escribiendo a raíz de la Conquista, aproximadamente en 1540, dice en el capítulo de la *Apologética* anteriormente citado que "en algunas partes no usaban desta manera de escribir, sino que la noticia de las cosas antiguas venía de unos en otros de mano en mano", y que cuatro o cinco, o quizá más, de los que se aplicaban al oficio de historiadores, se instruían en las antigüedades, aprendiendo de memoria todo lo perteneciente a la historia y recitándolo entre ellos, mientras los demás se lo enmendaban, pero que este sistema era naturalmente defectuoso.

En otro pasaje de la *Apologética* refiere el Padre Las Casas que los indios mexicanos tenían cinco libros de figuras y caracteres. El primer libro contenía la historia y el cómputo del tiempo, el segundo los días solemnes y fiestas de cada año, el tercero trataba de los sueños, agüeros y supersticiones, el cuarto de la manera de dar nombre a los niños y el quinto de los ritos y ceremonias del matrimonio. Agrega que en los

5 Las Casas 1909, cap. CCXXXV. De los libros y de las tradiciones religiosas que había en Guatemala.

primeros libros, además de computar los años, fiestas y días solemnes, referían sus guerras, triunfos y derrotas, el origen, genealogía y hechos de los principales señores, las calamidades públicas y sus conquistas hasta la llegada de los españoles. Daba cuenta este libro de las gentes que poblaron antiguamente el territorio de México, de quienes dice confusamente que vinieron de las Siete Barrancas. Aquel primer libro, concluye diciendo Las Casas, se llamaba, en lengua de los indios, *Xiuhtonalamatl*, o sea "cuenta de los años".⁶

Ixtlilxóchitl, por su parte, dice lo siguiente respecto a sus antepasados mexicanos, "Tenían para cada género sus escritores: unos trataban de los Anales, poniendo por su orden las cosas que acaecían en cada un año, con día, mes y hora; otros tenían a su cargo las genealogías de descendencia de los Reyes, Señores y Personas de linaje, asentando por su cuenta y razón los que nacían y borran los que morían con la misma cuenta. Unos tenían cuidado de las pinturas, de los términos, límites y mojoneras de las ciudades, provincias, pueblos y lugares y de las suertes y repartimiento de las tierras, cuyas eran, y a quién pertenecían; otros de los libros de leyes, ritos y ceremonias que usaban".⁷

Según refiere Ixtlilxóchitl, el Rey de Tezcuco, Huematzin, había reunido todas las historias de los toltecas en el *Teomoxtli* o "libro divino",⁸ que contenía las historias de la creación del mundo, la emigración de Asia de aquellos pueblos, las etapas de su viaje, la dinastía de sus reyes, sus instituciones sociales y religiosas, sus ciencias, artes, etc.

En el conocido pasaje de la *Relación* del Oidor Diego García de Palacio, escrita en Guatemala en 1574, hablando de las ruinas de Copán, se leen las siguientes palabras: "He procurado saber por la memoria de los antiguos qué gente vivió allí, e qué saben e oyen de sus antepasados. No he hallado libros de sus antigüedades, ni creo que en todo este distrito hay más que uno, que yo tengo. Dicen que antiguamente había venido allí y fecho aquellos edificios un

6 Las Casas, 1909, cap. CCXXXIII. Donde se cotejan las ceremonias de los indios mexicanos... Dícese también qué libros tenían.

7 Ixtlilxóchitl, t. II, prólogo.

8 Ixtlilxóchitl, t. II, prólogo.

gran señor de la provincia de Yucatán e que al cabo de algunos años se volvió a su tierra solo, e lo dejó despoblado... Por la memoria dicha parece que antiguamente gente de Yucatán conquistó y sujetó las provincias de Ayajal, Lacandón, Verapaz y la tierra de Chiquimula y ésta de Copán."⁹

Estos datos del libro o memoria que poseía García de Palacio son interesantes como comprobación de la teoría de que Copán fue fundada por los mayas del norte y abandonada subsiguientemente. No sabemos, sin embargo, si aquel libro contenía otras noticias de interés acerca de los antiguos pobladores de esa región.

Herrera, gran compilador de las relaciones americanas del siglo XVI, reproduce las noticias relativas a los libros que se encontraron "en Yucatán y en Honduras".¹⁰ Oviedo y Gómara dan cuenta, por su parte, de los libros de los indios de Nicaragua. "Tienen... -dice Gómara- libros de papel y pergamino, un palmo anchos y doce largos, y doblados como fuelles, donde señalan por ambas partes de azul, púrpura y otros colores las cosas memorables que acontecen", etc.¹¹

Bernal Díaz del Castillo, que escribió en Guatemala su *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España* dice que los indios de México tenían unos "librillos de un papel de cortezas de árbol que llaman amate, y en ellos hechas sus señales del tiempo e de cosas pasadas".

A fines del siglo XVII todavía se encontraban algunos de estos libros en el territorio de la actual República de Guatemala. El Padre Francisco Ximénez refiere que en la Provincia del Petén, situada al sur de Yucatán, encontraron los españoles, durante la expedición de 1696 contra los itzaes, algunos "libros escritos con unos caracteres que tiraban a hebreos y también a los que usan los chinos".¹² Indudablemente eran libros escritos en jeroglíficos mayas y es posible que sean los mismos códices que se llevaron a Europa y se conservan actualmente en Dresde, París y Madrid.

El Padre Avendaño y Loyola afirma, en su *Relación de las*

9 García de Palacio, 1866, p. 5.

10 Herrera, *Década III*, lib. II, cap. XVIII.

11 Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 206.

12 Ximénez, 1929, t. I, p. 4.

Anales
- genealogías
- calendarios

noticias
de libros
mayas

códices

jeroglíficos

dos entradas que hizo al Petén, que anteriormente había visto los que él llama *anahtees* (probable evolución de la palabra mexicana *amatles*, que eran los libros de los mexicanos) que usaban los indios, y que el misionero franciscano describe como "unos Libros de cortezas de árboles bruñidos y dados con yeso en los cuales tiene por figuras y caracteres pintados, pronosticados los sucesos futuros" (fol. 29 vto.). Y más adelante (fol 35) agrega que estos libros eran "de a quarta de largo y como cinco dedos de ancho, de cortezas de árboles echos, doblados a una vanda y a otra a manera de biombos con el grosor cada hoja del canto de un real de a ocho mexicano. Estos eran pintados por una parte y otra con variedad de figuras y caracteres que indican no sólo la cuenta de dichos días, meses y años, sino las edades y las prophecías que sus ídolos les anunciaron".

Ximénez dice también (1857, p. 160) que los indios leían el horoscopo de los niños recién nacidos en libros como uno que él poseja y que debe de haber sido un *cholquih* (*tzolk'in* en maya, *tonalamatl* en náhuatl), con el calendario ritual de 260 días y la clasificación de los días en buenos y aciagos. Un calendario de esta clase encontró el P. Vicente Hernández Spina en el pueblo de Santa Catarina Ixtlahuacán (Guatemala), y lo dio a conocer la revista *La Sociedad Económica de Guatemala* en 1870. Las palabras de Ximénez sobre el particular son como sigue: "Y esto lo ven en un libro que tienen como pronóstico desde el tiempo de su gentilidad, donde tienen todos los meses y signos correspondientes a cada día, que uno de ellos tengo en mi poder."

El Canónigo Ordóñez y Aguiar copia un párrafo de las *Constituciones Diocesanas* del Obispo de Chiapas Núñez de la Vega, en que éste se refiere a las supersticiones de los indios tzendales y da noticia de "un cuadernillo historial antiquísimo", escrito por ellos y que se hallaba en manos del prelado. En dicho libro —según el Obispo— se consignaban claramente, por generaciones, los nombres de los primeros señores y sus antepasados. Ordóñez agrega que los indios le confiaron a él el mismo cuadernillo original, que él llama *Probanza de Votán* y que se había propuesto interpretarlo y explicarlo.¹³ El propio Votán había escrito una obra acerca

13 Ordóñez, prefacio.

del origen de los indios y su emigración a estos países, si ha de darse crédito a lo que afirma Ordóñez en un pasaje del tomo 2o. de su obra, que reproduce Brasseur de Bourbourg en la introducción a su edición del *Popol Vuh*.¹⁴

En lo que atañe al reino del Quiché, tenemos el testimonio precioso del autor del *Manuscrito de Chimaltenango*, quien asegura que antiguamente existía en su pueblo uno de estos libros, escrito sin duda con auxilio de pinturas, en el cual se describían los acontecimientos históricos y se vaticinaban los hechos futuros que podían afectar a la vida de la nación. Corroboramos esta noticia otro testimonio de la misma época en que se redactó aquel documento, el del Oidor de la Audiencia de los Confines, Doctor Alonso de Zorita, quien refiere que durante la visita que hizo (entre 1553 y 1557) a la Provincia de Utlán, y con ayuda de un religioso dominicano (el Padre Las Casas), pudo enterarse del sistema político de los quichés "por las pinturas que tenían de sus antigüedades de más de ochocientos años y con viejos muy antiguos".¹⁵

Para los naturales de Guatemala era muy duro renunciar a las tradiciones de sus antepasados, y por mucho tiempo, después de la Conquista, continuaron haciendo sus bailes, en los que cantaban episodios de su historia y recitaban pasajes de su mitología. Los españoles no veían esto con buenos ojos. Desde el año de 1550 un Oidor de la Audiencia de Guatemala, el Licenciado Tomás López, menos tolerante que el ilustre Zorita, pedía al Rey que no se permitiera a los indios hacer sus "bailes antiguos, como lo hacen, cantando sus historias antiguas e idolatrías".¹⁶

Esta devoción de los indios americanos a sus creencias antiguas subsistía en Yucatán en el siglo XVII, según refiere Cogolludo en los siguientes párrafos de su *Historia*: "Tenían fábulas muy perjudiciales de la creación del mundo, y algunos (después que supieron) las hicieron escribir, y guardaban, aun ya Christianos bautizados, y las leían en sus juntas. El doctor Aguilar refiere en su *Informe* que tuvo un cartapacio de éstos, que quitó a un Maestro de Capilla, llamado por sobrenombre Cuytún, del pueblo de Zucop, el cual se le huyó y nunca lo

14 Brasseur, 1861, p. LXXXVIII.

15 Zorita, 1892, pp. 225-226.

16 *Colección de documentos inéditos de Indias*, t. XXIV, p. 192.

pudo haber, para saber el origen de este su Génesis". 17

Este es también el origen de los libros de *Chilam Balam*, descubiertos en diversos lugares de Yucatán y que contienen la narración cronológica de los hechos antiguos de los mayas de la península.

Con un criterio más liberal y humano, propio de verdaderos misioneros cristianos, los sacerdotes y frailes españoles de Guatemala se empeñaron, desde los primeros años de la colonización, en enseñar a los indios a leer y escribir el castellano. Algunos de éstos progresaron rápidamente en el arte de la escritura y compusieron en su propio idioma, empleando el alfabeto latino, las crónicas y narraciones del tiempo antiguo que se conservaban entre ellos por tradición oral, o por medio del arte pictográfico. Los religiosos españoles no sólo no se oponían a estos trabajos, sino que estimulaban a los indios a que los realizaran, y gracias a esta ilustrada política han pasado hasta nuestros tiempos preciosos documentos que hacen luz en la historia de las razas que poblaban el país desde varios siglos antes de la llegada de los castellanos.

El anónimo autor de la *Isagoge Histórica Apologética de las Indias Occidentales*, escrita en Guatemala a fines del siglo XVIII, dice a este propósito: "Varias relaciones formaron los indios a instancias de los primeros españoles y primeros padres, en las cuales tratan de su origen, de su venida a estas tierras, de sus reyes y de otras historias que llegaron a su noticia, ya por tradición de sus antepasados, ya por noticias de los caracteres y libros con que se entendían en su antigüedad". 18 Y menciona a continuación algunos de los documentos originales de que se sirvió el autor de la *Recordación Florida* para componer su historia. El cronista Fuentes y Guzmán describe, en efecto, varios manuscritos que asegura haber tenido en sus manos. Por desgracia, la mayoría de esos documentos se ha perdido. Entre ellos figuran tres manuscritos quichés. El autor de uno de ellos se identifica en estos términos: "Yo, Don Francisco Gómez, Primer Ahzib Quiché, aquí en este papel escribo la venida de nuestros padres y abuelos de allá de la otra parte del mar, de donde

manuscritos en Guatemala

17 Cogolludo, 1688, p. 192.

18 *Isagoge Histórica*, 1935, lib. I. cap. VIII, p. 61.

sale el sol". 19 Las curiosas noticias de este autor se completan con otros dos documentos, el primero escrito por "Don Juan de Torres, hijo del Rey Chignauiclut y Don Juan Macario, su hijo", y el segundo "que es cuaderno de los *calpules* o familias nobles de Santa Catarina Istaguacán, escrito en veinte y ocho fojas, por un cacique dellos, Don Francisco García Calel Yzumpán, quien dice en el ingreso y al principio de su relación, que siendo los primeros que aprendieron la inteligencia de nuestras letras, por el mandato del Reverendo Obispo Don Francisco Marroquín, escribe aquella breve relación de sus mayores y que le da principio su obediencia a 9 de Diciembre de 1561 años". 20

Ximénez no concedía mucho valor a los documentos que cita Fuentes y Guzmán, los cuales, a su juicio, son "de muy poca autoridad respecto de ser escritos por indios particulares de otros pueblos, muchos años después de la conquista, sin más noticia para ello que las que entre los particulares estaban difundidas". En cambio, las historias que él encontró y tradujo al castellano, dice este autor que "son las originales de la Corte y que conservaban en su modo de escribir sus sumos Sacerdotes; y así, aunque lo más es quimera, se ha de tener por más auténtico tocante a las noticias de sus cosas en lo que llevan camino y concierto". 21

De las narraciones escritas por los indios quichés, solamente se conservan, además del *Manuscrito de Chichicastenango*, las que se enumeran a continuación: el ms. original de la *Historia Quiché* de don Juan de Torres, fechada el 24 de octubre de 1580, que es diferente de la que cita Fuentes y Guzmán y que contiene la relación de los reyes y señores, jefes de las casas grandes y de los *chinamitales* o *calpules* del Quiché; la traducción al español de los *Títulos de los antiguos nuestros antepasados, los que ganaron las tierras de Otzoyá*, escritos al parecer en 1524 y que llevan al pie la firma de Pedro de Alvarado; la traducción castellana del *Título de los Señores de Totonicapán*, fechado el año de 1554 y el "Papel del origen de los Señores" inserto en la

Libros de Chilam Balam de Fuentes

19 Fuentes y Guzmán, 1933, t. II, 2ª parte, lib. séptimo, cap. II.

20 Fuentes y Guzmán, 1933, t. II, 2ª parte, lib. primero, caps. V-IX; lib. séptimo, caps. II-LV.

21 Ximénez, 1929, t. I, cap. XXII, p. 54.

Descripción de Zapotitlán y Suchitepec, año de 1579. Véase el Apéndice de este libro. A pesar de su corta extensión, contienen estos documentos interesantes noticias sobre los orígenes, la organización política y la historia del pueblo quiché, que completan la información del *Popol Vuh*.²²

Aunque escrito en otra lengua, debe citarse también aquí el manuscrito *Memorial de Sololá*, no sólo por su alto valor histórico, sino porque, en su primera parte, confirma muchas de las noticias del *Popol Vuh* acerca del origen y emigraciones de las tribus, en la época en que estaban todas unidas y aún no se habían dividido en los diferentes grupos que compartían el territorio de Guatemala a principios del siglo XVI. El libro cakchiquel fue redactado después de la conquista española por Francisco Hernández Arana, nieto de uno de los reyes de su nación y continuado por Francisco Díaz, de la misma familia, quien lleva la narración hasta el año 1604.

Popol Vuh II

EL MANUSCRITO DE CHICHICASTENANGO

El *Manuscrito de Chichicastenango* figura en primera línea entre los documentos escritos por los indios en caracteres latinos. Su autor fue indudablemente uno de los primeros discípulos que aprendieron de los frailes el arte maravilloso de la escritura fonética. El cronista quiché sabía que existió antiguamente un libro que contenía las tradiciones e historias de su pueblo y tuvo la feliz inspiración de reproducirlas en este documento.

Genét et Chelbatz creen ver en él la traducción de un manuscrito jeroglífico y afirman que ningún otro documento maya-quiché puede compararsele.²³ Bancroft también creía que el manuscrito quiché era traducción de una copia literal de un verdadero libro original, escrita por uno o más indios de

²² *Historia Quiché de D. Juan de Torres*, MS. Colección Gates. Se conserva en el Institute for Advances Study, Princeton, New Jersey. "Títulos de los antiguos nuestros antepasados, los que ganaron estas tierras de Otzoyá antes de que viniera la fe de Jesucristo entre ellos, en el año de mil y trescientos". En *Anales de la Soc. de Geog. e Hist. de Guatemala*, septiembre de 1941. Título de los Señores de Totonicapán, Alençon, 1885., reproducido en *Memorial de Sololá*.

aquella raza, en lengua quiché y con letras romanas, después de la ocupación de Guatemala por los cristianos; y que esa copia se había hecho para reponer el libro original después de su pérdida o destrucción.²⁴

El profesor Max Müller, en un excelente resumen acerca de esta obra, la califica de composición literaria en el verdadero sentido de la palabra, exposición de la mitología y la historia de las razas civilizadas de la América Central. Cree que es un documento auténtico, que ocupa un lugar muy prominente entre las obras compuestas por los indígenas en su propio idioma y con auxilio de las letras del alfabeto romano. Agrega que en él cuenta el autor los episodios y consejas que oyó de niño, siguiendo sus propios recuerdos, y que pretender extraer de estos recuerdos una historia seguida es sencillamente imposible.²⁵

El autor del *Manuscrito* dice que lo escribe porque ya no se ve el *Popol Vuh*, o sea el *Libro Común* original, como lo llama Ximénez. Para identificar ese libro original no tenemos otros datos que los que consigna el desconocido autor del libro quiché. Sin embargo, por el conocimiento que se posee del sistema de escritura de los indios americanos con anterioridad a la Conquista, cabe dudar que el libro antiguo quiché haya sido un documento de forma fija y redacción literaria permanente. Mas bien debe suponerse que haya sido un libro de pintura que los sacerdotes interpretaban ante el pueblo para mantener vivo en él el recuerdo de los orígenes de la raza y los misterios de su religión.

Lewis Spence observa que en la época de la Conquista la escritura entre los indios se hallaba en estado de transición y que no podía haber existido mucho tiempo una versión del *Popol Vuh* vaciada en forma literaria fija; y que lo más probable es que haya ido pasando de boca en boca, siguiendo una manera de conservación literaria que era muy común entre los pueblos de la antigua América.²⁶ Todos los pueblos del mundo han acostumbrado conservar sus leyendas y tradiciones por transmisión oral, antes de la invención de la escritura y de la imprenta. En el capítulo anterior se ha visto

²⁴ Bancroft, 1883, vol. III cap. II, pág. 42.

²⁵ Müller, 1867, cap. XIV.

²⁶ Spence, 1908, pág. 31.

cómo hacían los indios de México que los jóvenes de su raza aprendieran las arengas de sus grandes hombres y los hechos notables de su historia. Además, en América, como en el Viejo Mundo, había rapsodas que mantenían el espíritu nacional con su evocación de las glorias y leyendas de los tiempos que fueron.

El *Manuscrito de Chichicastenango* carece de título. Comienza directamente con estas palabras: "Este es el principio de las antiguas historias de este lugar llamado Quiché. Aquí escribiremos y comenzaremos las antiguas historias, el principio y origen de todo lo que se hizo en la ciudad del Quiché, por las tribus de la nación quiché".

Y dos párrafos más lejos dice el narrador: "Esto lo escribiremos ya dentro de la ley de Dios, en el Cristianismo; lo sacaremos a luz porque ya no se ve el *Popol Vuh*, así llamado, donde se veía claramente la venida del otro lado del mar, la narración de nuestra obscuridad y el conocimiento claro de la vida. Existía el libro original, escrito antiguamente; pero su vista está oculta al investigador y al pensador".

"Lo cierto es —dice Ximénez— que tal libro no apareció nunca, ni se ha visto, y así no se sabe si este modo de escribir era por pinturas, como los mejicanos, o por hilos como los peruleros: puédesse creer que era por pinturas en mantas blancas y tejidos."²⁷ Este era el sistema gráfico corriente en México y Guatemala, y el Padre Sahagún, escribiendo en el siglo XVI, dice que se informó de las antigüedades de la Nueva España directamente con los indios y agrega: "todo lo que conferimos me lo dieron por pinturas."²⁸

La influencia de la Biblia es evidente en la descripción de la creación, aunque esta circunstancia no es bastante para borrar el sabor indígena del libro quiché. Comentando la edición del *Popol Vuh* de Brasseur de Bourbourg, observaba Adolf Bandelier en 1881 que sus primeras frases parecen ser transcripción del Libro del Génesis y que no son autóctonas americanas. Agrega que en la época en que se escribió el *Popol Vuh* los indios de Guatemala se hallaban ya bajo la influencia de las pinturas, libros y cantos de que se servían los misioneros españoles para enseñarles la religión cristiana.

El autor indígena declara expresamente en el Preámbulo de

27 Ximénez, 1857, p. 161.

28 Sahagún, 1938, t. I, pág. 80.

su obra que la escribe bajo el cristianismo. El editor de la traducción española del texto francés de Brasseur de Bourbourg ha anotado cuidadosamente las concordancias de su primer capítulo con el Libro del Génesis. Max Müller se había referido con anterioridad (1878) a ciertas semejanzas entre el *Popol Vuh* y el Viejo Testamento, pero aun admitiendo que en este libro existía influencia de la Biblia, opinaba que había que reconocer en su contenido un verdadero producto del suelo intelectual de América. Brandelier llega a igual conclusión en otro lugar, diciendo con respecto al libro quiché: "Parece ser, en el primer capítulo, una evidente fabricación o, por lo menos, una acomodación de la mitología indígena a las nociones del cristianismo, un piadoso fraude, pero el conjunto es una colección, evidente también, de las tradiciones originales de los indios de Guatemala, y como tal, la obra de mayor valor para la historia y la etnología indígenas de la América Central"²⁹

El *Popol Vuh* era también el libro de las profecías y el oráculo de los reyes y señores, según refiere el autor del *Manuscrito* en otro pasaje, donde dice que los reyes "sabían si se haría la guerra y todo era claro ante sus ojos; veían si habría mortandad o hambre, si habría pleitos. Sabían bien que había donde podían verlo, que existía un libro por ellos llamado *Popol Vuh*".³⁰ Y en el párrafo final, el cronista quiché declara con acento melancólico que lo que en su obra ha referido es todo lo que se conserva del antiguo Quiché, "porque ya no puede verse el [libro *Popol Vuh*] que tenían antiguamente los reyes, pues ha desaparecido".

¿Cómo y cuándo se perdió el libro del Quiché? El autor del *Manuscrito* dice únicamente que en su tiempo ya no se veía, que estaba oculto y que se había perdido. Probablemente desapareció en medio de la catástrofe que destruyó el reino quiché, y es posible que haya sido consumido por las llamas durante el incendio de Utiatlán.

El Profesor Max Müller criticaba al Abate Brasseur de Bourbourg por haber dado el nombre de *Popol Vuh* al *Manuscrito de Chichicastenango*, y porque, al traducirlo al

29 Peabody Museum, *Eleven Annual Report*, 1880, pág. 391.

30 *Popol Vuh*, 4ª parte, cap. XI.

francés, le dió el título de *Le Livre Sacré*, en lugar de *Libro Nacional* o *Libro del Consejo*, como proponía Ximénez.³¹ Otros escritores, siguiendo el ejemplo de Müller, han repetido estas objeciones; pero el hecho es que el nombre de *Popol Vuh* ha sido aceptado por la generalidad y continúa usándose para designar el libro del Quiché. Además, si se leen con atención las palabras del preámbulo del *Manuscrito*, que se ha copiado más arriba, se notará que ellas indican con toda claridad, el propósito del autor al redactar este documento, que fue suplir la falta del libro antiguo que se había perdido; y en tal concepto puede considerarse su obra, escrita en tiempo de la cristiandad, o sea después de la Conquista, como un sustituto del *Libro Nacional*, como una reconstrucción y una nueva versión de las narraciones que se habían conservado en el venerable volumen, ya desaparecido.

El desconocido autor del *Manuscrito* quiché revela, por las palabras que emplea al describir el libro antiguo, que conocía su contenido. Sin duda con auxilio de su prodigiosa memoria y de sus brillantes dotes de escritor, pudo redactar una transcripción de las tradiciones e historias antiguas de su raza, que posiblemente es más clara y completa que el original, por haber sido ejecutada con ayuda de la escritura fonética, que aventaja como medio de expresión a la jeroglífica y pictográfica de que habían hecho uso sus antepasados.

Estas historias y creencias de los indios eran comunes todavía a principios del siglo XVIII, y Ximénez refiere que estando en el curato de Santo Tomás Chichicastenango, por aquel tiempo, halló que ellas eran la doctrina que los indios primero mamaban con la leche y que todos ellos casi la sabían de memoria. Y agrega que luego descubrió "que de aquestos libros tenían muchos entre sí".

Por su parte, el Canónigo Ordóñez y Aguiar afirma en la introducción de su *Historia de la Creación del Cielo y de la Tierra*, escrita en la última década del siglo XVIII, que un indio que le franqueó el manuscrito de la *Probanza de Votán* le ofreció también darle el original de aquella misma historia (la de las creencias de los indios del Quiché que tradujo Ximénez); pero que con la muerte del indio ya no pudo conseguirla.

Como se ha dicho antes, Ximénez creía que las tradiciones

de los quichés se habían conservado en pinturas y que, hacia el tiempo de la conquista española, los indios las redujeron de dicho sistema de escritura al sistema gráfico castellano. Esta es también la opinión de un investigador moderno, Rudolf Schuller, quien opina que la mayor parte del *Popol Vuh* o sean las tradiciones antiguas, deben considerarse únicamente como una interpretación de uno, o tal vez de muchos escritos pictóricos de los quichés, perdidos desde hace mucho tiempo.³²

El Abate Brasseur de Bourbourg, que tan profundamente estudió y comentó el *Manuscrito de Chichicastenango*, creía también que este documento había sido copiado, en parte, de los libros antiguos; y observaba que el compilador, hombre de gran educación y de elevada alcurnia, lo había redactado en un quiché de la mayor elegancia. He aquí las palabras de Brasseur, traducidas al castellano: "El *Popol Vuh* parece haber sido escrito, en parte, de memoria, según originales antiguos, y en parte, copiado de los libros sagrados de los quichés, a los cuales se da el nombre de *Popol Vuh*, o el *Libro de los Príncipes*. Leyéndolo con atención se reconoce que gran número de pasajes han sido transpuestos, sin duda involuntariamente, por el escritor anónimo". Este manuscrito, el más precioso en lo que concierne a los orígenes de la América Central, está escrito en un quiché de gran elegancia, y su autor debe haber sido uno de los príncipes de la familia real, quien lo compuso pocos años después de la llegada de los españoles, cuando todos sus libros antiguos iban desapareciendo".³³

En cuanto a la época en que fue compuesto el *Manuscrito*, hay en el propio documento dos datos importantes que permiten determinarla con alguna aproximación. El primero es la visita que el obispo de Guatemala hizo a la ciudad de Utlán, o sea Gumarcaah, que fue bendecida por el Señor Obispo don Francisco Marroquín, como se lee en el *Manuscrito*. Ximénez dice que a Utlán le dió el nombre de Santa Cruz del Quiché el Obispo Marroquín "cuando por el año de 1539 estuvo en aquella Corte y bendiciendo el paraje, colocó y levantó el estandarte de la fe", etc.³⁴

32 Schuller, 1931.

33 Brasseur, 1857, t. I, p. LXXX

34 Ximénez, 1929, t. I, p. 115.

31 Müller, 1867, t. I, cap. XIV, pág. 325.

El segundo dato importante consta en el capítulo final del *Manuscrito*, que contiene la sucesión de los reyes y señores del Quiché. En ella se nombra como la décimatercera generación de reyes a Tecún y Tepepul, hijos de los reyes quemados por Alvarado en 1524; y como últimos sucesores a "Don Juan Rojas y Don Juan Cortés, la décimacuarta generación de reyes, hijos de Tecún y Tepepul". Los últimos señores quichés vivían todavía a mediados del siglo XVI. El Oñdor Zorita, a quien hemos citado anteriormente, residió en Guatemala de 1553 a 1557, como miembro de la Real Audiencia, y refiere que recorrió la provincia varias veces como visitador y encontró "a los que estaban a la sazón por Señores de Umatlán tan pobres y miserables como el más pobre indio del pueblo y sus mujeres hacían las tortillas para comer... y ellos traían el agua y leña para sus casas. El principal de ellos se llamaba don Juan de Rojas, el segundo don Juan Cortés y el tercero Domingo, pobrísimos en todo extremo; dejaron hijos, todos paupérrimos y miserables".³⁵ Las firmas de "Don Juan Cortés, Rey Caballero", y "Don Juan Rojas" aparecen junto con la de "Don Pedro de Alvarado, español, juez capitán y conquistador" al pie de los *Títulos de la Casa Ixcuín-Nihaib, señora del territorio de Otoyá*. Este documento parece haber sido escrito varios años después de la conquista de Umatlán.

Las firmas de los reyes quichés se leen también en el *Título de los Señores de Totonicapán*, extendido el 28 de septiembre de 1544, junto con la firma de Don Christóbal Fernández Nihaib. El *Popol Vuh* menciona a "Don Christóbal" como rey de Nihaib, "que reinó en presencia de los castellanos", y señala como su sucesor a "Don Pedro de Robles, Ahau Galel ahora". Esta referencia indica que el *Popol Vuh* se terminó de escribir después del 28 de septiembre de 1544, bajo el reinado del sucesor de D. Christóbal.

Otro documento quiché que perteneció a la Colección de Brasseur de Bourbourg y que hoy se encuentra en el *Institute for Advanced Study* de Princeton, New Jersey, Estados Unidos de América, es el *Título Real de Don Francisco Izquin, Ahpop-Galel*, fechado el 22 de noviembre de 1558, en el cual se dice expresamente que lo extienden "los Reyes del Quiché Don Juan Cortés Reyes Caballero" y "Don Martín Ahau

³⁵ Zorita, 1892. p. 225-226.

Quiché", cuyas firmas se leen al pie de dicho documento. La firma de Don Juan de Rojas no figura en el documento, lo cual hace creer que en 1558 o bien había muerto, o se había retirado, sucediéndole Don Martín Ahau Quiché. Como este cambio en la situación de los últimos reyes del Quiché no fue registrado en el *Popol Vuh*, hay fundamento para creer que la redacción del *Manuscrito de Chichicastenango* se había terminado antes del 22 de noviembre de 1558, y que, en consecuencia, el célebre libro quiché fue escrito entre los años 1554 y 1558.

III

EL AUTOR DEL POPOL VUH → *anónimo*

El *Manuscrito de Chichicastenango* es un documento anónimo. El Padre Ximénez, que tuvo en sus manos el manuscrito original y lo transcribió y tradujo al castellano, no ha dejado indicación alguna acerca de su autor. Los términos que Ximénez emplea al referirse a este documento dan a entender que él creía que habían sido varios los autores o compiladores del libro quiché. En el prólogo de su obra principal, dice el cronista dominico que tradujo las historias de los indios a la lengua castellana, de la lengua quiché en que las halló escritas "desde el tiempo de la conquista, que entonces (como allí dicen) las redujeron de su modo de escribir al nuestro". Y dos párrafos más adelante repite el mismo concepto cuando dice que determinó "poner y trasladar aquí todas sus historias, conforme ellos las tienen escritas".³⁶

Por su parte el desconocido autor de la *Isagoge Histórica Apologética* dice, hablando de las relaciones compuestas por los indios después de la Conquista: "un manuscrito antiquísimo tradujo de la lengua quiché en castellano el Padre Predicador Fray Francisco Ximénez, sin nombre de autor ni del año en que se hizo, y sólo consta por él que se escribió en el pueblo de Santa Cruz del Quiché, muy poco después de la conquista de este reino".³⁷

El historiador guatemalteco Licenciado don J. Antonio

³⁶ Ximénez, 1929, prólogo.

³⁷ *Isagoge Histórica*, 1935, lib. I, cap. VIII, p. 61.

Villacorta ha sostenido, durante los últimos años, la teoría de que el autor del *Manuscrito de Chichicastenango* fue Diego Reynoso,³⁸ un indio quiché a quien, según refiere Ximénez, llevó el Obispo Marroquín del pueblo de Utatlán a Guatemala y enseñó a leer y escribir el castellano. Desgraciadamente, no existe prueba ni noticia histórica alguna que apoye la teoría de que Reynoso haya sido el autor del *Popol Vuh*. Con motivo de la discrepancia entre Ximénez y el Padre Francisco Vásquez, autor de la Crónica de la Provincia Franciscana de Guatemala, acerca de la fecha en que tuvo lugar la batalla de Quetzaltenango, previa a la conquista del Quiché por Alvarado, dice el cronista dominico que aquella batalla se libró en el mes de marzo, y que esto se comprueba "con lo que dice Diego Reynoso en sus escritos de noticias de aquellos tiempos (que fue un indio que el Señor Marroquín llevó del pueblo de Utatlán y enseñó a leer y escribir) que la conquista del Quiché que hizo Don Pedro de Alvarado fue a principios de abril por la Semana Santa de ese año de 24, por estas palabras: '*Chupam ic abril castahibal pascua xulic Donadiu ahlabal varal quiché*', que quiere decir: en el mes de abril por Pascua de Resurrección vino *Donadiú* (que es Alvarado) a guerrear aquí al Quiché. Y más adelante: *Chupam Quaresma xul Donadiu capitan ahlabal varal pa queche ta xporox tinamit, ta xçach ahauarem, ta xtanepatan rumal ronohel amac xpatanilh chiqui vach ca mam ca cahau pa queche*. Que quiere decir: En la quaresma vino Donadiú capitán de la guerra aquí en el Quiché y entonces se quemó el pueblo, o ciudad, y se acabó el reino y dexaron de tributar los Pueblos el tributo que avían dado a nuestros padres y abuelos". Y agrega que esta noticia la suministra un "testigo ocular de todo esto".³⁹

Estos conceptos de Ximénez hacen pensar en la existencia de una crónica o narración de la conquista española, compuesta por Reynoso en su lengua materna. Sin embargo, el autor de la *Isagoge Histórica*, reproduciendo las palabras del analista quiché sobre la llegada de Alvarado, dice lo siguiente: "Esto fue a fines de la Cuaresma y principios de la Pascua de dicho año de 1524, como lo asegura el testimonio

38 Villacorta y Rodas, pp. 157-160; Villacorta, 1938, p. 170.

39 Ximénez, 1929, lib. I, cap. XL, p. 119. El texto quiché se transcribe directamente del ms. original de la *Historia de la Prov. de S. Vicente de Chiapa y Guatemala*.

antiquísimo de Diego Reynoso, indio principal del dicho pueblo de Utatlán, que al tiempo de la ruina de la ciudad de Guatemala [154], por orden del Sr. D. Francisco Marroquín, estaba aprendiendo a leer y escribir. Este, en un libro de lengua muy devoto de la pasión de Jesucristo S.N., pone unas notas marginales muy curiosas y dignas de notar, de sus antiguayas, que no las traen los autores, y en una de ellas dice en su lengua: *Chupam Quaresma xul Donadi capitan ahlabal varal pa Quiche*", etc.⁴⁰ Es posible que este libro de devoción, con las notas marginales de Reynoso, se haya conservado en el Convento de Santo Domingo de Guatemala, y que allí lo hayan visto los dos cronistas de la Orden de Predicadores, el P. Ximénez y el desconocido autor de la *Isagoge*. Pero este mismo hecho revela que el *Manuscrito de Chichicastenango* y las notas marginales de Reynoso no eran de la misma mano, pues de haberlo sido es indudable que Ximénez, que había estudiado, copiado y traducido el manuscrito quiché, lo habría identificado como obra de Reynoso, y así lo habría declarado, como lo hizo con las notas marginales sobre la llegada de Alvarado al Quiché y con todas las fuentes de información que le sirvieron para componer su bien documentada *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala*.

Reynoso colaboró en la redacción de otro documento indígena, el *Título de los Señores de Totonicapán*. De este documento, escrito en lengua quiché en 1554, solamente se conoce la traducción al castellano, hecha en 1834 por el Padre Dionisio José Chonay, Cura de Sacapulas. En él se encuentra el conocido capítulo cuarto, que comienza con estas palabras: "Oíd lo que os voy a decir, lo que voy a declarar, yo Diego Reynoso *Popol Vinak*, hijo de Lahuh Noh."⁴¹ A continuación se describe el viaje que los príncipes quichés Qocaib, Qocavib, Qoacul, Acutec y, poco después, el Nim Chocoh Cavek, hicieron al Oriente, para recibir la investidura real de manos del Emperador Nacxit. Del mismo asunto se ocupa el *Popol Vuh* en uno de sus últimos capítulos;⁴² pero entre ambas narraciones hay diferencias tan notables, que no es posible

40 *Isagoge Histórica*, 1935, lib. II, cap. IV, p. 191.

41 El título de *Popol Vinac* correspondía entre los quichés al de miembro del consejo o junta pública que se ocupaba de los asuntos que interesaban a la comunidad. Era también título honorífico.

42 *Popol Vuh*, 3ª parte, cap. VI.

aceptar que ellas hayan sido escritas por la misma persona. Por lo demás, aunque, en general, la relación de los hechos legendarios de los quichés es semejante en ambos documentos, el *Título de los Señores de Totonicapán* presenta muchas variantes que, si bien completan algunas veces la información más extensa del *Popol Vuh*, demuestran que estos documentos son obra de dos o más autores diferentes.

Finalmente, no parece probable que un hombre como Reynoso, que proclama su nombre, sus títulos y su origen en un capítulo del documento de Totonicapán, y se identifica como autor de unas notas marginales en un libro de la pasión de Jesucristo, haya preferido permanecer en la obscuridad al redactar una obra de tan gran aliento e importancia como el *Manuscrito de Chichicastenango*.

El conocido filólogo Rudolf Schuller opina que hay base para atribuir la paternidad del *Popol Vuh* a Diego Reynoso; pero interpreta de manera diferente, y a nuestro juicio con inexactitud, las citas de Ximénez y del *Título de los Señores de Totonicapán*. Cree que con el hecho de que en este documento se leen expresiones como la citada de "Oíd lo que voy a decir", "os voy a contar", etc., que dice que se encuentra también en el *Popol Vuh*, se comprueba que Reynoso escribió ambos documentos.⁴³ Esta coincidencia es de poco valor, y, además, expresiones semejantes aparecen también en otros documentos de los indios americanos. Y en cuanto a la cita que hace Ximénez de los escritos de Reynoso "de noticias de aquellos tiempos", y que Schuller reproduce, queda aclarada con el pasaje de la *Isagoge* que identifica tales escritos como notas puestas al margen de un libro de devoción.

En su trabajo sobre *El autor del Popol Vuh* Schuller llama la atención hacia el error en que incurre el señor Villacorta al confundir la persona del indio quiché a quien el Obispo Marroquín enseñó a leer y escribir, allá por el año de 1541, con la del misionero Fray Diego de Reynoso, autor del *Arte y Vocabulario en lengua Mame dirigido a nuestro Reverendísimo Padre Maestro F. Marcos Salmerón, Calificador del Supremo Consejo de la Inquisición, General de todo el Orden de Nuestra Señora de la Merced, Señor de la Varonia de Algar*. La dedicatoria de esta obra está fechada el 20 de octubre de

43 Schuller, 1931.

1643; la imprimió en México, en 1644, Francisco Robledo.

Beristain dice de Reynoso únicamente que fue "natural de la América Septentrional, religioso misionero del militar orden de Ntra. Sra. de la Merced" y que escribió el *Arte en lengua Mame*.⁴⁴ No hay noticia de que haya visitado Guatemala, y es probable que haya aprendido la lengua mame en el Distrito de Soconusco y Provincia de Chiapas, donde hasta la fecha se habla este idioma, que es común, además, a los Departamentos de Huehuetenango y San Marcos de Guatemala.

El señor Villacorta ha afirmado también⁴⁵ que el 17 de marzo de 1538 profesó en Guatemala "un indio muy inteligente de raza quiché, que al vestir el hábito de mercedario tomó el nombre de Fray Diego de la Anunciación, y que en el mundo había sido bautizado, pocos años atrás, con el de Diego Reynoso". Sin embargo, el historiador guatemalteco no suministra prueba alguna de la identidad de Reynoso con aquel fraile mercedario. El cronista Remesal, a quien cita a este respecto, solamente dice, refiriéndose a los principios de la Orden de la Merced en Guatemala, que "a los 17 de marzo deste año de mil quinientos y treinta y ocho ya era la de Nuestra Señora de la Merced casa formada, y con título de Comendador dio el P. Fr. Juan Zambrano la profesión a Fray Diego de la Anunciación", etc.⁴⁶ Remesal no menciona a Reynoso, ni identifica al nuevo fraile mercedario, ni, finalmente, consigna el hecho, que en aquellos tiempos habría sido muy notable, de que dicho fraile fuese un indio de la raza vencida. Ximénez, como se ha dicho antes, da a entender que Reynoso no se trasladó a Guatemala hasta 1539, o sea el año en que el Obispo Marroquín bendijo el lugar de Utatlán y lo bautizó con el nombre de Santa Cruz, y, según la *Isagoge*, nuestro indio quiché estaba aprendiendo a leer y escribir en 1541 por orden del ilustre prelado.

La profesión eclesiástica les estuvo vedada por muchos años a los indios de América. Escribiendo casi 200 años después de la Conquista, observaba Ximénez⁴⁷ que "si sus ministros y sacerdotes fueran de su misma nación, mucho más

44 Beristain, t. III, p. 14.

45 Villacorta y Rodas, pág. 57

46 Remesal, 1932, t. I, lib. III, cap. XIX, p. 218.

47 Ximénez, 1929, t. I, p. 59.

fruto se hiciera" de los indios, porque éstos tenían gran desconfianza de los españoles; pero agregaba que, por sus vicios, eran "casi incapaces de ser ministros de la Iglesia". Lo mismo ocurría con respecto a su ingreso a las órdenes religiosas.⁴⁸ Es oportuno observar también que en el *Título de los Señores de Totonicapán*, fechado en 1544, el indio quiché que habla en el capítulo cuarto continúa llamándose a sí mismo Diego Reynoso, y que no sólo no da indicación alguna de haberse convertido en misionero cristiano, sino que sigue usando el título de *Popol Vinak* procedente del tiempo de su gentilidad.

Es conveniente aclarar estos puntos sobre la personalidad de Diego Reynoso, porque se trata de uno de los pocos autores indígenas conocidos que han dejado escritas narraciones anteriores o contemporáneas a la Conquista. Aunque educado por los padres españoles, jamás renunció a su nombre y condición de noble indio quiché, y su independencia de cualquiera orden religiosa española presta mayor validez a sus noticias sobre los tiempos antiguos de su nación.

El problema relativo al autor del *Popol Vuh* debe continuar, sin embargo, sin resolverse; y mientras no se descubran nuevas pruebas que hagan luz en la materia, el famoso manuscrito tiene que seguirse considerando como un documento anónimo, escrito por uno o más descendientes de la raza quiché, conforme a la tradición de sus antepasados.

En su interesante estudio sobre el *Popol Vuh*, Lewis Spence expresa la opinión de que este libro es "un monumento de muy considerable antigüedad",⁴⁹ pero agrega que sería aventurado tratar de descubrir la fecha aproximada de su concepción original. Cree, como lo más probable que el libro antiguo quiché no llegó a escribirse en el sistema ideográfico-fonético y que más bien se conservó por transmisión oral, de generación en generación, como se

48 Escribiendo hacia el año 1612, dedica el Padre Torquemada un capítulo de su *Monarquía Indiana* a explicar por qué no se les daba a los indios el hábito de la religión. Y dice "en aquellos tiempos del cristianismo los indios no eran buenos para mandar, ni regir, sino para ser mandados y regidos...; no son para Maestros, sino para discípulos, ni para prelados, sino para súbditos, y para esto, los mejores del mundo. Y la razón que hace más fuerza es que son sujetos a la embriaguez y dados al vino y por esto no deben ser religiosos". Lib. diez y siete, capítulo XIII.

49 Spence, 1908.

acostumbraba en otros pueblos de América. Esta opinión, unida a la de las otras autoridades citadas anteriormente, confirma la creencia de que el desconocido autor del *Manuscrito de Chichicastenango* fue más bien un compilador. → *Compilador*
dotado de innegables facultades de coordinación y de expresión literaria, que recogió las historias de su pueblo, tomándolas de la tradición oral y de algunas relaciones antiguas, escritas o pintadas, en donde se consignaban los episodios gloriosos de la vida de sus antepasados. Posiblemente el compilador consideró no tener derecho a llamarse autor de lo que era tan sólo una transcripción de relatos ajenos, y probablemente anónimos también, y por esa razón no dio a conocer su nombre. Cosa semejante ocurre con los libros de *Chilam Balam*, que fueron escritos en lengua maya, pero con caracteres latinos, en varios pueblos de Yucatán, después de la Conquista. Los nombres de sus autores no constan por lo general en dichos libros, y Brinton opinaba que ello se debe a que probablemente son copias de manuscritos más antiguos, con algún agregado ocasional de noticias sobre hechos más recientes o contemporáneos.⁵⁰

IV

LA OBRA DEL PADRE XIMENEZ

DESDE los primeros años de la Colonia se dieron cuenta los misioneros españoles de la necesidad de aprender las lenguas de los indios para poder comunicarse directamente con ellos e instruirlos en la doctrina cristiana. El primer Obispo de Guatemala, Señor Marroquín, recomendaba a los frailes y clérigos seculares que estudiaran los dialectos indígenas y compusieran sus pláticas y sermones en la lengua materna de los naturales. El propio prelado compuso algunos de los primeros trabajos de esta clase y dio principio así a la larga serie de artes y vocabularios que se escribieron durante el período colonial. Un distinguido fraile dominicano, el Padre Domingo de Vico, que en 1555 sacrificó su vida en la conquista pacífica de las provincias al norte de la Verapaz, escribió varios trabajos para el aprendizaje de las lenguas del

50 Brinton, 1882, pp. 68 ss.; 1890, p. 259.

país, numerosas obras devotas de corta extensión y un voluminoso tratado de la doctrina cristiana, con el nombre de *Teología de Indios*. Compuso también el Padre Vico, según dice el historiador Remesal, un libro que contenía “todas las historias, fábulas, consejas, patrañas y errores en que vivían [los indios], refutándolas para apartar dellas a los naturales”. Un admirador de las obras del Padre Vico dijo, desde aquellos tiempos, que lo que él escribió en lengua de indios podía compararse, sin hipérbolo, con lo que Santo Tomás escribió en latín.⁵¹

La *Teología de Indios*, escrita en varias de las lenguas vernáculas, y algunos de los trabajos lingüísticos del P. Vico, se conservan hasta la fecha. La bibliografía de esta clase de escritos es abundante, especialmente en lo que se refiere a las lenguas cakchiquel, quiché y poconchí. Algunos de estos trabajos han sido publicados; muchos se han perdido y otros, como los de Anleo, Basseta y Ximénez, relativos a la lengua quiché, pueden consultarse en los manuscritos originales y en copias fotográficas en las bibliotecas y archivos de América y Europa.

El nombre del Padre Francisco Ximénez se destaca entre los de todos los demás escritores de la época colonial por sus notables trabajos en el campo de la filología y en los de la historia natural, religiosa y política. Ximénez había nacido en Ecija, de una provincia de Andalucía, España, en 1666, y llegó a Guatemala “en una barcada de religiosos”, como él mismo refiere, el año de 1688. Al concluir el noviciado, se ordenó de presbítero en Chiapas y vistió en Guatemala el hábito de Santo Domingo. Sus superiores lo enviaron en 1694 a ejercer su ministerio en centros de población predominantemente indígena, lo cual le proporcionó la oportunidad de aprender con perfección los dialectos locales. Este fue también el incentivo que lo llevó a penetrar hasta el fondo de la estructura de aquellas lenguas y a sujetarlas a un sistema didáctico para uso de los principiantes en tan interesante materia.

Desde 1701 hasta 1703 fue Cura de Santo Tomás Chuilá, o Chichicastenango, y durante ese período descubrió el manuscrito que contenía las historias de los indios del Quiché. Un año más tarde se hallaba en Rabinal, otro centro de indios

de cada distrito regional. Ximénez compuso, con ese objeto, una excelente gramática de la lengua quiché, un arte y vocabulario y varios tratados doctrinales, en las tres lenguas principales de Guatemala. El autor daba la preferencia a la lengua quiché, que practicó por más de veinte años y de la cual tenía altísimo concepto, como puede verse en el capítulo XXV del Libro I de su *Historia de la Provincia*. Lejos de ser el quiché un idioma bárbaro, dice Ximénez que son tan grandes su orden y armonía y su propiedad en el decir, y tan conforme su índole con la naturaleza y propiedades de las cosas, que llegó a persuadirse de que “esta lengua es la principal que hubo en el mundo”. El lingüista historiador, haciendo a un lado toda modestia, declara que a fuerza de aplicación y estudio llegó a comprender la lengua quiché como ninguno y que, no queriendo ocultar su talento, tal como Dios se lo comunicó, escribió “tres tomos de a folio con el título de *Tesoro de las Lenguas Cacchiquel, Quiché y Tzutuhil*, que son muy símbolos”.⁵³

El primer tomo de esta obra lleva el título de *Primera Parte de el Tesoro de las Lenguas Cacchiquel, Quiché y Tzutuhil, en que las dichas lenguas se traducen en la nuestra española*, y forma un volumen de 204 folios dobles. En la nota bibliográfica que precede al *Popol Vuh*, dice Brasseur de Bourbourg que el primer tomo del *Tesoro*, escrito de manos de Ximénez, pasó por otras muchas hasta llegar a las del Coronel Juan Galindo (*soldado de fortuna*, de origen irlandés, que sirvió en Guatemala bajo la administración del Doctor Don Mariano Gálvez y que se interesó por las antigüedades del país), y continuó su camino hasta París. Brasseur lo incluyó en su Colección de documentos, y a su muerte este volumen pasó a la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California.

El tomo segundo se intitula “*Arte de las tres lenguas Cacchiquel, Quiché y Tzutuhil*, escrito por el R.P. Francisco Ximénez, Cura Doctrinero por el Real Patronato del Pueblo de Santo Tomás Chuilá”, y forma un volumen manuscrito de 92 folios dobles que hacen 184 páginas. Este segundo tomo llegó también a manos del Abate Brasseur, quien afirma, en su obra *Bibliothèque Mexico-Guatémalienne*, que lo hubo de Ignacio Coloche, noble indígena del pueblo de Rabinal. El señor Ayer adquirió el manuscrito en Europa y lo donó, con el resto de

51 Remesal, t. II. p. 380. Ximénez, 1929, t. I. p. 57.

53 Ximénez, 1929, t. I, p. 65.

quichés, donde permaneció diez años. En 1715 administraba el curato de Xenacoj, en el Valle de Sacatepéquez. Allí comenzó a escribir ese mismo año su obra más extensa, la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. De 1718 a 1720 fue Cura de la Candelaria en la ciudad de Guatemala. En 1721 se encontraba de nuevo en territorio quiché, administrando el curato de Sacapulas, donde continuó, según toda probabilidad, hasta 1725. En el capítulo de la orden de Santo Domingo celebrado en este último año fue nombrado Superior de la Casa de Sacapulas. En ese lugar, tranquilo y apacible, debe haber escrito el resto de la *Historia de la Provincia*, y allí declara haber comenzado, el 30 de agosto de 1722, su última obra, la *Historia Natural del Reino de Guatemala* cuyo primer tomo ha llegado hasta nosotros. En el año de 1721 concluía de escribir el libro V de la *Historia de la Provincia*, y es probable que haya terminado esta obra en 1722. De vuelta en la capital del Reino, se hizo cargo nuevamente de la parroquia de la Candelaria en 1729, y en noviembre de ese año fue instituido Presentado por el título de Predicación, a solicitud de la Congregación de Santo Domingo. Debe de haber fallecido a fines de dicho año, o a principios del siguiente, pues las Letras Patentes de su nombramiento, que llegaron en 1730, no pudieron ejecutarse porque había muerto, según se lee en el acta del Capítulo Provincial de la Orden celebrado en Guatemala el 13 de enero de 1731.⁵²

Producto de la vida activa y laboriosa del Padre Ximénez es la serie de sus obras, de inestimable valor en los diferentes ramos del saber a que aquel ilustre varón consagró su tiempo y excepcionales facultades. Para buena suerte nuestra, la mayoría de esas obras se conservan, no sin que hayan pasado algunas de ellas por numerosos riesgos y vicisitudes.

Los largos y bien aprovechados períodos de la vida de Ximénez, transcurridos entre los indios del interior de Guatemala, le demostraron la necesidad de que los religiosos conocieran a fondo las lenguas de los habitantes de esos lugares. El Gobierno español había ordenado que se instruyera a los naturales en la lengua castellana, pero esto exigía el establecimiento de centenares de escuelas urbanas y rurales que no llegaron a fundarse en el período colonial. Por consiguiente, para entenderse con los indios y para todas las necesidades materiales y espirituales, había que acercarse a ellos haciendo uso de su propia lengua, empleando para el efecto el dialecto

52 Rodríguez Cabal.

su valiosa colección, a la Biblioteca Newberry.

El tercer tomo del *Tesoro* no se conoce. Ximénez dice, en el lugar citado de su *Historia*, que la formación de las palabras en las lenguas de Guatemala es tan sencilla que basta combinar las letras vocales y consonantes en los monosílabos resultantes y luego ordenarlos conforme al alfabeto para tener todos los nombres y verbos primitivos; y que esto puede verse claramente en las tablas que puso en la tercera parte del *Tesoro*. Algunas tablas de esta clase reprodujo Brasseur en su Gramática Quiché.

En el *Tesoro de las Lenguas* hace Ximénez un estudio minucioso de la estructura de la lengua quiché, de la cual presenta una exposición según el método de la gramática latina, seguida de un vocabulario que contiene las raíces de las palabras de los tres idiomas. Este valioso material fue bien aprovechado por Brasseur para formar su *Grammaire de la Langue Quiché* (París, 1862), en la cual pueden leerse los capítulos de Ximénez en castellano, con algunas explicaciones en francés intercaladas por el Abate para la mejor comprensión del texto por los lectores no versados en la lengua de Castilla.

Encuadrados en el mismo volumen con el *Arte de las tres lenguas* se encuentran un *Confesionario* y un *Catecismo de Indios*, también en las tres lenguas, trabajos de corta extensión; y finalmente, en un cuaderno de 112 páginas, escritas en dos columnas paralelas y con notable nitidez y cuidado, aparece la copia del *Manuscrito de Chichicastenango*, hecha por Ximénez conforme al texto original, acompañada de su traducción al idioma castellano. Este precioso documento lleva el título siguiente: *Empiezan las historias del origen de los Indios de esta provincia de Guatemala, traducido de la lengua quiché en la castellana para más comodidad de los Ministros del Sto. Evangelio, por el R.P.F. Francisco Ximenez, Cura doctrinero por el Real Patronato del Pueblo de Sto. Thomas Chuilá*. En opinión de Brasseur de Bourbonnais, este manuscrito debe considerarse como el original del *Popol Vuh*.⁵⁴ Es, efectivamente, la única copia antigua que ha quedado del manuscrito quiché, compuesto por un autor desconocido a mediados del siglo XVI. La traducción es la primera que hizo Ximénez y la

54 Brasseur, 1871, p. 155.

primera también que vio la luz pública cuando se imprimió en Viena, en 1857, bajo los auspicios de la Academia Imperial de Ciencias.

Termina el documento con los *Escolios a las Historias de el origen de los indios escoliadas por el R.P.F. Francisco Ximénez, cura doctrinero por el Real Patronato del pueblo de Sto. Thomas Chichicastenango, del sagrado Orden de Predicadores*, etc. Estos escolios constan solamente de un prólogo y un capítulo, y no parece que el autor haya escrito más en este lugar. El material que contienen fue usado en parte en el Libro primero de la *Historia de la Provincia*, donde el autor continúa sus comentarios y trata por extenso del origen del reino quiché y las costumbres y creencias antiguas de sus habitantes.

Acatando una orden del Superior de la orden de Santo Domingo, y siguiendo sus propias inclinaciones, Ximénez compuso la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. En cuatro volúmenes en folio, que comprenden la narración de la conquista y fundación de Guatemala, la conversión de los indios a la fe católica, las labores de la religión dominicana y los sucesos importantes de la Colonia hasta el año 1720. Aunque el propósito de la obra era describir los trabajos que la religión de Santo Domingo padeció en la Provincia de Guatemala y los grandes servicios de los Ministros del Evangelio en la reducción de los naturales, según se lee en el capítulo primero de la *Historia*, Ximénez, que había vivido entre los indios y que sentía profundo afecto por ellos y compasión por sus sufrimientos bajo el régimen colonial, consideró que era útil y conveniente comenzar su crónica dando a conocer las creencias de los quichés, su organización social y política y el estado en que se encontraban en la época de la Conquista. Con este objeto, el autor da principio a su obra con las historias del origen de los indios, o sea la traducción revisada del *Manuscrito de Chichicastenango*, y a continuación hace una relación de los hechos de los reyes del Quiché hasta don Juan de Rojas, el último de la serie, que vivió miserablemente bajo la dominación española, en el siglo XVI. Termina el primer libro con siete capítulos sobre la religión, costumbres y gobierno de los indios. El autor advierte que estos capítulos son transcripción de los que el P. Jerónimo Román, de la Orden de San Agustín, trae en su obra *Repúblicas de Indias*. Román, a su vez, los había copiado, casi

literalmente, de la *Apologética Historia* del Padre Las Casas.

En el Libro segundo refiere Ximénez la conquista de Guatemala por los castellanos y entra de lleno en el tema fundamental de su obra, o sea la participación de los religiosos en la pacificación de la tierra y en el establecimiento de la Colonia. Naturalmente, el autor se ocupa de preferencia en describir las labores de la Orden de Santo Domingo y contradice algunas aseveraciones del cronista Vázquez, apologista de la Orden de San Francisco. Se ha perdido el Libro tercero. Los cuatro libros restantes tratan de asuntos religiosos y del desarrollo de la administración española en sus colonias de la América Central.

La *Historia* del P. Ximénez constaba de tres volúmenes que se guardaron cuidadosamente en el Convento de Santo Domingo de Guatemala, y durante más de cien años permaneció en la obscuridad. El anónimo autor de la *Isagoge Histórica*, escrita en el siglo XVIII, menciona a Ximénez como descubridor y traductor del *Manuscrito de Chichicastenango*, pero la *Isagoge* tampoco fue publicada hasta el año de 1892. El manuscrito original de la *Historia* de Ximénez, que estuvo perdido por muchos años, se encuentra, aunque incompleto, en Guatemala. El tomo primero, que forma un volumen de 397 folios de 30 centímetros de alto por 21 y medio de ancho, encuadernado en pergamino, pero sin la carátula, apareció en la biblioteca del prócer de la Independencia de Centroamérica, don José Cecilio del Valle, y se encuentra hoy en poder de sus descendientes en la ciudad de Guatemala. Este volumen contiene, como se ha dicho, los dos primeros libros de la crónica de Ximénez y comienza con la traducción revisada de las *Historias de los indios*. El Archivo General del Gobierno de Guatemala posee el tomo tercero y último, que consta de 455 folios y contiene los libros sexto y séptimo de la *Historia*.

A fines del siglo XVIII vivió en Guatemala el Canónigo de Chiapas don Ramón de Ordóñez y Aguiar, autor de la *Historia de la Creación del Cielo y de la Tierra*, inédita hasta 1907. En el prólogo de esta obra decía Ordóñez que había descubierto un precioso libro, debido al apostólico celo del M.R.P. Predicador General, Fr. Francisco Ximénez, quien, como fruto de su predicación, lo descubrió, por su parte, entre los indios de la nación quiché y lo tradujo a la letra, dejando encerrados

sus conceptos "en el primero de los cuatro tomos que con el título de Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Goathemala compuso y manuscritos se conservan en la librería de su convento de Padres Predicadores de esta capital".⁵⁵ El texto de las citas de Ordóñez y Aguiar y las páginas de donde dice haber tomado algunas partes que incluyó en su obra demuestran, sin embargo que no consultó el original de la *Historia*, sino la copia que se conservó en el Convento de Santo Domingo hasta 1830, y que aquel año pasó a la Biblioteca de la Universidad.

Ordóñez reprodujo en su *Historia de la Creación* la segunda versión de las Historias del Quiché, tomándola, como él mismo dice, del primer tomo de la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala*. La transcripción es a veces literal, otras en extracto, y en ocasiones aparece notablemente corregida y diferente del original. En el episodio de Vucub-Caquix, Ordóñez abandona el lenguaje llano de Ximénez y escribe una paráfrasis en estilo cervantino, que revela dotes de imaginación y composición literaria, pero que está muy lejos de la sencillez e ingenuidad del original quiché, el cual evidentemente no conoció el Canónigo de Chiapa.⁵⁶

Contemporáneo de Ordóñez y Aguiar fue el italiano Félix Cabrera, que vivía también en Guatemala en las postrimerías del siglo XVIII y a quien acusaba aquél de haberse apropiado una obra suya relativa a Votán, el héroe de los tzendales. Cabrera es autor del *Teatro Crítico Americano*, o investigación sobre la historia de los americanos, escrito en

55 Ordóñez, Ed. Museo Nacional de México, p. 7.

56 Por no conocerlo y haber seguido ciegamente el texto de la copia de la *Historia* de Ximénez que tuvo en sus manos, incurre Ordóñez en varios errores, el más grave de los cuales le hace decir, en el cap. VI de su obra, que "la madre de Hunahpú y Xbalanqué se llama Humbatz y es a un propio tiempo esposa de Hunhunahpu, madre de sí misma e hija y madre de Hucub-Hunahpu que nunca fué casado y se mantuvo soltero". De este galimatías deduce Ordóñez las conclusiones más extremas. Llegando hasta identificar a Hucub-Hunahpu con el Espíritu Santo. La confusión en que se enreda Ordóñez proviene de la omisión de un renglón del original en la copia que consultó, error que subsiste en la edición impresa de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, de 1929. Con razón dice Brasseur de Bourbourg, en el prólogo, de su *Histoire des Nations Civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*, que Ordóñez sacó de la traducción de Ximénez las consecuencias más absurdas.

1794, el cual se publicó en inglés el año 1822, en Londres, junto con una traducción de la *Descripción de las Ruinas de Palenque*, por el Capitán Antonio del Río. En la primera de dichas obras consignó Cabrera la referencia bibliográfica que, traducida al castellano, dice: "En el Convento de Santo Domingo de esta ciudad [Guatemala] hay muchos valiosos manuscritos en seis volúmenes en folio, que fueron compuestos por el Padre Francisco Ximénez, acerca de la conquista de esta provincia, los adelantos de la religión y los padres apostólicos que propagaron la cristiandad". Y agrega: "En el primer volumen ha dado una historia de la creación del mundo según las creencias de los indios de Chiapas. Conseguir esto de los indígenas le costó grandísimo trabajo, según él mismo dice. Este documento acrecentará mucho la fama de don Ramón Ordóñez, quien me dicen que lo ha insertado en su obra *del Cielo y de la Tierra*".⁵⁷

Refiere Brasseur de Bourbourg que el Conservador del Museo Nacional de México, don Rafael Isidoro Gondra, puso en sus manos, a mediados del siglo XIX, los borradores del primer volumen de la obra de Ordóñez, que contenían la mayor parte de la traducción hecha por el Padre Ximénez del *Manuscrito de Chichicastenango*. Brasseur reclama el honor de haber sido él quien dio a conocer al mundo científico la existencia del trabajo de Ximénez, en la primera de sus cuatro *Cartas para servir de introducción a la historia primitiva de las naciones civilizadas de la América Septentrional*, publicadas en 1851.⁵⁸ Sin embargo, como se ha visto, fue Cabrera el autor de

57 Cabrera, p. 110. El *Teatro Crítico Americano* contiene algunas noticias de las creencias de los tzendales sobre Votán y extensos comentarios sobre el origen de los habitantes de América, que el autor creía que habían venido del cercano Oriente, Palestina, Caldea, Cartago, etc. Ordóñez afirma que estas noticias constaban en la *Provanza de Votán*, un documento que le suministraron los indios y que él confió en mala hora a Cabrera cuando solicitó de la erudición del italiano una opinión acerca de la obra que había escrito sobre estos asuntos. Cabrera rechazó el cargo de plagario e inició un pleito criminal contra Ordóñez por injurias y calumnia. La disputa entre ambos escritores llegó hasta la Real Audiencia de Guatemala, ante la cual se presentó Cabrera en 1794 pidiendo que mandara a cotejar las obras de los dos, a fin de establecer que por su parte no había habido robo de trabajo ajeno. Puede verse la petición de Cabrera en los *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, marzo de 1931.

58 Brasseur, 1857, t. I, pág. IX, nota 1.

las referencias más antiguas que vieron la luz pública acerca del Padre Ximénez, de quien decía Brasseur que fue el primero que tradujo la teogonía indígena, acompañándola de comentarios, notas etimológicas y documentos relativos a la antigua historia de los quichés, tzendales, etc., y que, con el auxilio de estas riquezas, escribió más tarde la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, su gran obra, "la que ha quedado manuscrita y es completamente desconocida".⁵⁹

Durante el viaje que el Dr. Carl Scherzer hizo por los países de Centroamérica en 1853 y 1854, permaneció seis meses en Guatemala y tuvo ocasión de visitar la Biblioteca de la Universidad, donde encontró los volúmenes de las obras de Ximénez que se guardaron en ese centro después de la expulsión de los frailes y clausura de los conventos, en 1829. En la *Memoria* que dirigió a la Academia Imperial de Ciencias de Viena en 1856,⁶⁰ el Dr. Scherzer reclama el mérito de haber sido el primero que llamó la atención del mundo sabio hacia los escritos de Ximénez y de haber motivado, en parte, su publicación. Este honor, como se ha dicho anteriormente, se lo disputaba Brasseur. Por esta causa, probablemente, cuando al año siguiente, se publicaron en Viena las *Historias del origen de los indios*, Scherzer insertó en la Introducción a dicha obra la noticia acerca de Ximénez y sus escritos que daba el Abate Francés en su Carta de México, dirigida al Duque de Valmy en 1850.

Scherzer solamente encontró en la Biblioteca de la Universidad, en 1854, el tercer tomo de la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, y aunque buscó también en otras partes los restantes volúmenes de aquella obra, todas sus diligencias fueron vanas. En cambio, descubrió en la biblioteca un vocabulario de las lenguas Quiché y Cakchiquel y el volumen que contiene el *Arte de las tres lenguas*, un *Confesionario*, un *Catecismo de Indios* y las *Historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala, traducidas de la lengua quiché a la castellana*. Este último tratado es el que Scherzer publicó por primera vez en 1857. El texto de la edición de Viena está de acuerdo, en lo

59 Brasseur, 1851.

60 Scherzer, 1856.

general, con el manuscrito de Ximénez; pero adolece de muchos errores, debido en parte al impresor extranjero, y en parte también a la impericia del copista que hizo el traslado de que se sirvió el Dr. Scherzer, y que evidentemente no estaba familiarizado con la escritura antigua. De los *Escolios*, que forman el complemento del libro, tan sólo el primer capítulo existe en el manuscrito de las *Historias*. Scherzer refiere que los completó por medio de una copia, "sacada del original", que le proporcionó don Juan Gavarrete. El original en este caso es la *Historia de la Provincia*, de cuyo libro primero proceden los capítulos publicados como complemento de los *Escolios*.

El propio señor Gavarrete tuvo oportunidad de dar a conocer, años más tarde, el juicio que de la edición de Viena se había formado, diciendo que "salió muy incorrecta por la poca pericia de los copiantes e impresores en el idioma español". Gavarrete agregaba este comentario, que luego ha sido repetido por otros historiadores: "Haremos notar, de paso, que la publicación de este libro ha hecho cambiar del todo el curso de los estudios históricos que actualmente se hacen sobre Centro-América".⁶¹

Los informes del Doctor Scherzer acerca de la cultura y tradiciones de los indios quichés dieron lugar a algunas discusiones en las revistas europeas que en aquella época se ocupaban de estos asuntos. El semanario alemán *Das Ausland* publicó en su edición del 6 de julio de 1855 un interesante artículo sobre "la historia precolombina de Guatemala", en el cual hacía un análisis del contenido de las *Historias del origen de los indios* que Scherzer había encontrado y se proponía publicar. El editor americanista Nicolaus Trübner reproducían en parte el análisis del escritor alemán y discutía la prelación de las noticias bibliográficas relativas al Padre Ximénez, en un extenso artículo intitulado "Central American Archaeology", inserto en *The London Athenaeum* del 31 de mayo de 1856.

El conocido americanista Charles Etienne Brasseur de Bourbourg llegó a Guatemala en 1855. Siguiendo las huellas del Dr. Scherzer, Brasseur había recorrido los países de

61 "Catálogo razonado de los objetos con que se inauguró el departamento etnográfico del Museo Nacional", publicado en *La Sociedad Económica de Guatemala*, mayo de 1866.

América Central y, lo mismo que aquél, se interesaba por la historia antigua del país. En México había hecho anteriormente importantes estudios históricos y lingüísticos y había copiado varios manuscritos antiguos. En Guatemala encontró un campo fecundo para sus investigaciones. El Doctor Mariano Padilla y don Juan Gavarrete, que habían prestado su ayuda al Dr. Scherzer, llevaron su generosidad con el Abate Brasseur hasta el extremo de cederle varios documentos de la colección del primero y de los archivos públicos a cargo del segundo. Otros le fueron proporcionados por el Arzobispo de Guatemala, Doctor D. Francisco García Peláez, que se dedicaba también a esta clase de estudios. El Arzobispo le ofreció, además la administración del curato de Rabinal, donde el viajero aprendió la lengua quiché y pasó, según confiesa, el año más agradable de su estancia en Centroamérica. En ese importante centro de población indígena, Brasseur se ocupó en traducir al francés el *Manuscrito de Chichicastenango*, que había llegado fácilmente a sus manos junto con la traducción castellana de Ximénez. Hablando de su permanencia en Rabinal, dice Brasseur: "Este pueblo contiene alrededor de siete mil indígenas pertenecientes a la lengua quiché, y con ellos me puse en condiciones no solamente de hablarla y escribirla, sino hasta de traducir los documentos más difíciles, como lo es, entre otros, el manuscrito encontrado por el Padre Ximénez en Santo Tomás Chichicastenango, que reviste tan alta importancia para los orígenes americanos y en particular para la historia de Guatemala".⁶²

Desempeñó también el Abate Brasseur, aunque por poco tiempo, el curato de San Juan Sacatepéquez, donde se perfeccionó en la lengua cakchiquel a fin de poder traducir el *Memorial de Sololá*, que él llamó de *Tecpan-Atitlán*, valioso documento indígena que había pertenecido al convento de los franciscanos y que le proporcionó "un joven y celoso arqueólogo guatemalteco, don Juan Gavarrete, uno de los notarios de la curia eclesiástica". En un segundo viaje a Guatemala, Brasseur recorrió otros lugares del país y completó, con nuevas e importantes adquisiciones, su colección de documentos históricos, la más rica y valiosa que

⁶² Brasseur, 1857, t. I, pp. XXV-XXVI.

se haya visto reunida en el país en manos de un individuo. Estos documentos sirvieron al Abate francés para escribir sus obras sobre la historia antigua de Guatemala y de México y sobre las lenguas de los indios.

La más conocida de las obras de Brasseur es la que publicó en París en 1861 con el título de *Popol Vuh, Le Livre Sacré et les mythes de l'antiquité américaine*. Este volumen, que tuvo inmediatamente gran resonancia en Europa y América, contiene el texto quiché del *Manuscrito de Chichicastenango* y la traducción al francés de dicho documento, acompañada de notas filológicas y de un extenso comentario. En el prólogo, dice el autor que en 1855 vio en la Biblioteca de la Universidad de Guatemala dos copias de la *Historia de la Provincia de Predicadores de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. "Esta obra, que ha permanecido manuscrita --dice Brasseur--, constaba de cuatro volúmenes en folio y de ella existían dos copias que de los archivos de su monasterio pasaron a la Biblioteca de la Universidad al ocurrir la supresión de las casas de los religiosos, bajo Morazán, en 1830. Ambas copias estaban incompletas cuando nosotros las vimos en 1855, y solamente existían juntos tres volúmenes que ni siquiera concordaban entre sí... El primer volumen que tuvimos ocasión de consultar comenzaba con el texto y la traducción del manuscrito quiché, que es objeto de este libro. De allí lo copiamos por primera vez, agregando el original".

El Dr. Scherzer no había podido ver en 1854 el primer tomo de la *Historia* de Ximénez, y por esa causa no conoció la versión del *Popol Vuh* que aparece al principio de dicha obra. El texto publicado por él procede, como ya se ha explicado, del manuscrito de las *Historias del origen de los indios*, que forma un solo volumen con el *Arte de las tres lenguas*. Scherzer examinó este volumen en la Biblioteca de la Universidad, y en el prólogo de la edición de Viena hace una descripción minuciosa de los documentos que contiene. El mismo manuscrito apareció poco después en poder del Abate Brasseur de Bourbourg, quien afirma en el prólogo de *Le Livre Sacré* que lo obtuvo en Rabinal, y en *Bibliothèque Mexico-Guatémaliennne* declara que pertenció antiguamente a Ignacio Coloche, noble indígena de Rabinal, de quien él lo hubo.⁶³ Es un poco difícil explicarse cómo pudo pasar esa

⁶³ Brasseur, 1857, p. 155. Según refiere Brasseur en esta obra, Ignacio

Traslado
al francés
5.11.18

obra, entre 1854 y 1855, de los estantes de la Biblioteca de la Universidad de la ciudad de Guatemala, a las manos del noble indígena de Rabinal, y de éstas a las de Brasseur.

La redacción del párrafo de Brasseur que se ha copiado en la página anterior es bastante confusa; pero es indudable que el volumen que él dice haber tenido ocasión de consultar en la Biblioteca de la Universidad, que comenzaba con el texto y la traducción del manuscrito quiché y que copió "agregando el original", no era el primer tomo de la *Historia de la Provincia de San Vicente Chiapa y Guatemala*, que no contiene el texto quiché. Brasseur copió el texto original y la primera traducción de Ximénez, del tratado intitulado *Empiezan las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala*, inserto al final del *Arte de las tres lenguas*. El texto quiché y la versión española aparecen en páginas alternadas en la copia de Brasseur, compuesta de 124 folios, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París y que va seguida de otra copia del *Arte de las tres lenguas*. Esto confirma que el volumen del *Arte* y de las *Historias de los Indios se hallaba todavía*, en 1855, en la Biblioteca de la Universidad. Probablemente de allí lo obtuvo el viajero investigador, con la misma facilidad con que pasaron a sus manos los demás manuscritos de su célebre Colección americana.

Brasseur no llegó a leer la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, de la cual solamente menciona las citas que hace el Arzobispo García Peláez en su obra *Memorias para la Historia del antiguo reino de Guatemala*. La única parte de la *Historia* que aparece entre los documentos de la *Bibliothèque Mexico-Guatémalienn*e (catálogo de la Colección de Brasseur) son los primeros 36 capítulos del libro primero, copiados por don Juan Gavarrete "en Guatemala, Octubre 23 de 1847". En esta copia, que consta de 54 folios, se incluyen la traducción del manuscrito quiché la "Historia del antiguo Reino del Quiché", que

Coloche era jefe de una de las principales familias indígenas de Rabinal y secretario de la municipalidad indígena. Parece haber sido coleccionista de documentos antiguos, y Brasseur dice que, además del ms. de Ximénez, recibió de él varios otros documentos, entre ellos las *Coplas e himnos* del P. Luis Cáncer en lengua kekchí sobre los misterios de la religión, un *Arte de la lengua cacchi*, un *Vocabulario de la lengua cakchiquel y española* y un *Arte* de la misma.

forman los capítulos del 27 al 36 del libro primero de la *Historia* de Ximénez.⁶⁴

En cuanto a las demás obras del Padre Ximénez, ya se ha dicho que Brasseur utilizó ampliamente el *Tesoro* de las tres lenguas, tanto para interpretar los documentos de los indios quichés como para formar la Gramática de esa lengua, que imprimió en París en 1862. Utilizó asimismo y comentó extensamente el *Manuscrito de Chichicastenango* en su obra *Histoire des Nations Civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale* (1857) y en sus *Quatre Lettres sur le Mexique* (1868).

La publicación del *Popol Vuh* (1861) y de las demás obras que se acaban de mencionar despertó gran interés en el mundo científico y dio lugar a otros trabajos sobre la mitología y la historia precolombina de Guatemala, entre los cuales deben recordarse principalmente, los de Bancroft, Brinton, Charencey, Chavero, Müller, Raynaud, Seler, Spence, Genêt, etc.

Después de la muerte de Brasseur, su colección de manuscritos y libros impresos se dispersó. La mayor parte fue adquirida por Alphonse Pinart. El Doctor Daniel G. Brinton compró el manuscrito original del *Memorial de Tecpán-Atitlán*, que publicó en 1885 con el título de *The Annals of the Cakchiquels*, y otros documentos relativos a las lenguas de Guatemala, los cuales pasaron, después de su muerte, a la Biblioteca del Museo de la Universidad de Pennsylvania. Bancroft compró otra parte de la colección, la cual se encuentra hoy en la biblioteca de manuscritos que lleva su nombre, en la Universidad de California, en Berkeley. Al salir a la venta, en 1884, la colección de Pinart, la mayor parte quedó en Francia, en la Biblioteca Nacional. Otra parte fue adquirida por el Conde H. de Charencey, y al morir este distinguido americanista, su viuda la cedió a la Biblioteca Nacional de París.

El traductor alemán del *Popol Vuh*, Noah Elieser Pohorilles, afirma haber sabido por una comunicación del Doctor Otto Stoll, que Pinart le ofreció a éste varias veces "el manuscrito original del *Popol Vuh*" por la suma de diez mil francos. Este manuscrito, como se ha dicho, lo adquirió el señor Edward E. Ayer, junto con otros documentos de la colección de Brasseur, y se encuentra actualmente depositado

en la Biblioteca Newberry de Chicago. Por último, el Doctor William Gates obtuvo algunos documentos que habían pertenecido a la Colección de Brasseur y los incluyó en su valiosa colección histórica y filológica, compuesta de documentos originales y de fotocopias de casi todos los manuscritos existentes en las bibliotecas anteriormente nombradas.

Don Juan Gavarrete, “el hombre más sinceramente animado del amor a la historia antigua del país”, según la califica el Abate Brasseur de Bourbourg, emprendió la ardua tarea de transcribir los viejos volúmenes de la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala* que existían en el Convento de Santo Domingo y que, en 1830, pasaron a la Biblioteca de la Universidad. Según declara Gavarrete en la introducción a la versión del *Popol Vuh* publicada en la revista guatemalteca *La Sociedad Económica* (1872-1873), la primera copia de este documento, que se sacó del Libro primero de la *Historia* de Ximénez, fue la que dicho paleógrafo “escribió de su mano en la Biblioteca de la Universidad, en el año de 1845”. Otro traslado, “copiado fielmente por don Juan Gavarrete”, en Guatemala, el 23 de octubre de 1847, existía, como se ha dicho, en la Colección de Brasseur de Bourbourg, y contenía, además de la traducción del *Popol Vuh*, los capítulos del 27 al 36 del del Libro primero de la *Historia de la Provincia*, con el título de “Historia del antiguo Reino de Quiché, escrita por el Padre Fray Francisco Ximénez”. Brasseur observa que “este documento es copia sacada de la *Historia general* de Guatemala del Padre Ximénez que existe manuscrita en la Biblioteca de la Universidad de esta ciudad”, y agrega que esta misma copia es el original que sirvió al Doctor Scherzer para la edición de Viena. Sin embargo, esta indicación solamente es exacta respecto a los capítulos del 27 al 35 y el principio del 36, que fueron incluidos por Gavarrete en los *Escolios a las Historias del origen de los indios*, impresos a continuación de las *Historias* en 1857. El texto de las *Historias*, que forma la primera parte de la edición de Viena, procede del *Arte de las tres lenguas*.

La transcripción de la *Historia* del Padre Ximénez, hecha por Gavarrete, consta de 6 volúmenes, con un total de cerca de 2,200 páginas en folio, que se conservan en la Biblioteca Nacional de Guatemala. Al frente de esta transcripción insertó

el señor Gavarrete una *Noticia biográfica* del autor y advertencia sobre la copia de su Crónica, que aparece fechada en Guatemala el 13 de abril de 1875. En dicha *Noticia* se lee lo siguiente: “La presente copia se ha sacado de los volúmenes que existían en el Convento de Santo Domingo de esta capital y que en 1830 pasaron a la Biblioteca de la Universidad. Es importante advertir que dichos volúmenes no contienen el original de manos de Ximénez, sino una copia sacada de aquel con mucho descuido e imperfección. De consiguiente la actual, aunque confrontada con aquélla cuidadosamente y corregida en todos aquellos lugares en que una y otra estaban indudablemente equivocadas, corre con aquellos defectos que sólo habrían podido evitarse teniendo a la vista el verdadero original”. Dice también el señor Gavarrete que tuvo que restablecer la ortografía de la obra, en general y que, en cuanto a la de las palabras indígenas y nombres propios, cuidó de recurrir a las fuentes, cuando se pudo tenerlas a la mano para restablecerla. A pesar de ese cuidado, la transcripción de Gavarrete contiene muchos errores en la ortografía de las palabras y nombres indígenas, y omisiones de importancia, a veces de varios renglones, que cambian por completo el sentido de algunas partes del Libro de los Quichés. Ximénez no es responsable de estas faltas, que no existen en el manuscrito original, y que deben imputarse al desconocido autor de la copia antigua. La transcripción del señor Gavarrete fue publicada por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala en 3 volúmenes, impresos de 1929 a 1931.

Brasseur habla de dos y aun de tres copias de la *Historia* de Ximénez.⁶⁵ En el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, artículo Francisco Jiménez, se dice que “en España, en la Biblioteca Provincial de Córdoba, debe de existir otro ejemplar también incompleto” de esta obra. El doctor don Ramón A. Salazar, que fue por algunos años Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala, dice en una obra publicada en 1897 que en la Biblioteca existían dos copias de la *Historia* de Ximénez: la moderna, paleografiada bajo la dirección de don Juan Gavarrete, y otra “vieja y borrosa, aunque legible con trabajo, que fue la que el año de 1830 se trasladó de Santo Domingo a la Biblioteca de la Universidad, cuando la expulsión de los frailes”.⁶⁶ Esta copia

65 Brasseur, 1861, p. XIII; 1857, t. I, p. LXXX.

66 Salazar, p. 141.

ha desaparecido de la Biblioteca Nacional y es probable que sea la misma que el Doctor Walter Lehmann adquirió en Guatemala y se llevó a Alemania en 1909, y que fue donada por el Duque de Loubat a la Biblioteca Real de Berlín.⁶⁷ La Biblioteca Newberry posee copia fotográfica, en 183 páginas, de una parte del manuscrito de Berlín, que lleva el título de *Historia de la Provincia de Predicadores de Chiapa y Guatemala*.

En un artículo sobre el Calendario de los indios quichés, publicado en la revista alemana *Anthropos*, en 1911, decía el Doctor Lehmann que entre los numerosos y preciosos documentos que su buena suerte le permitió adquirir durante sus viajes a Centroamérica (1907-1909) se encuentra el muy voluminoso manuscrito del Padre Francisco Ximénez (3 volúmenes) que contiene el célebre Libro de leyendas de los quichés. Agrega que, desgraciadamente, el estilo es muy pesado y difuso, de manera que la lectura del grueso documento con sus varios miles de páginas en folio no es precisamente un placer, si bien ese trabajo se compensa con creces con la multitud de noticias importantes que la obra encierra acerca de la historia de los antiguos habitantes de Chiapas y Guatemala.⁶⁸ Lehmann reproduce en ese artículo, en el original español, la parte del capítulo 36 del Libro primero de la *Historia* de Ximénez que trata del Calendario. Evidentemente, el americanista alemán creía que el manuscrito que adquirió en Guatemala era el original de la *Historia* del Cronista dominicano. No fue, sin embargo, sino la copia antigua que perteneció en un tiempo a la Biblioteca de la Universidad y más tarde a la Biblioteca Nacional de Guatemala.

La *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala* permaneció inédita hasta el año 1929, en que apareció el primer tomo de la edición hecha por la Sociedad de Geografía e Historia. El 2º y el 3º tomo acabaron de imprimirse en 1931. Esta edición contiene el texto de la obra conforme a la copia del señor Gavarrete, y faltan en ella el Libro III, o sea el segundo volumen de la obra manuscrita,

67 *Encyclopaedia Britannica*, XIII edición, t. XVIII, p. 333, nota. Esta copia pasó al Ibero-Amerikanisches Institut, hoy Biblioteca Latinoamericana de Berlín, donde se conserva.

68 *Anthropos*, vol. VI, 1911, pp. 403-410.

que desde el tiempo de Gavarrete había desaparecido, y el Libro VII, que no se copió. Tampoco están completos los capítulos del Libro VI. En el Índice de la obra se lee la siguiente *Advertencia* de Gavarrete: "No siendo de igual interés histórico lo comprendido en este Libro 6º, volumen 4º de la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, escrita por el Padre Fr. Francisco Ximénez, el comisionado que suscribe, al sacar esta copia que debe conservarse en el Museo Nacional, hizo omitir aquellos capítulos cuya materia no interesa a la historia general del país; más para que se sepa en todo tiempo el contenido de dichos capítulos omitidos, dará una razón de él en este índice, citando solamente los folios de lo que esta copia comprende". En total faltan en la copia y en lo impreso 30 capítulos del Libro VI y los 34 capítulos que formaban el Libro VII.

V

LAS TRADUCCIONES DEL POPOL VUH

ADUCIENDO un fuerte argumento en favor de la autenticidad del *Popol Vuh*, Lewis Spence afirma que el mero hecho de haber sido escrito este documento en lengua quiché es suficiente prueba de su carácter americano. Y agrega que bien puede asegurarse que si la ciencia y erudición de los siglos XIX y XX no han podido producir una traducción adecuada de la obra, el saber del siglo XVIII fue igualmente incapaz de crearla.⁶⁹

A pesar de sus innegables y profundos conocimientos de la lengua quiché, el Padre Fr. Francisco Ximénez no habría podido componer el *Manuscrito de Chichicastenango*, la expresión literaria más notable del ingenio nativo americano. El filólogo historiador no pretende, por otra parte, más que el título de descubridor del documento indígena. Los defectos de que desgraciadamente adolecen las versiones de esta obra que nos ha legado, defectos que revelan que algunas veces no le fue posible penetrar el sentido de la misma, demuestran que el pensamiento y la fraseología de los antiguos quichés se sustraían frecuentemente a la penetración y a la comprensión

69 Spence, 1908, pág. 33.

de los europeos mejor calificados para interpretarlos.

Son bien conocidas las dos traducciones principales que se han hecho del documento quiché, en español y en francés. La primera, como se ha dicho, es obra del P. Ximénez, quien tradujo *de verbo ad verbum* las historias de los indios en lengua castellana, de la lengua quiché en que las halló escritas desde el tiempo de la Conquista. Esta primera traducción es literal, estrictamente apegada a la fraseología del texto original. En ella no solamente quiso darnos el traductor el significado de las palabras, sino que muchas veces se propuso conservar la sintaxis quiché, forzando la sintaxis castellana y oscureciendo el sentido que trataba de interpretar. Desde el principio de la traducción de Ximénez se encuentran formas pasivas de los verbos, precedidas del posesivo, que imitan la morfología de la lengua original, pero que carecen de sentido en castellano. Cuando Ximénez traduce "su ser declarado y manifestado", "su ser relatado", "su ser dicho", o su "ser formado", revela las formas peculiares de la construcción quiché, pero hace imposible comprender el documento, hasta que el lector se familiariza con aquellas formas y las convierte en sustantivos castellanos: "la declaración, la manifestación, la relación, la formación" etc.⁷⁰

Hay que advertir que estas formas de pasiva desaparecen gradualmente en el curso de la traducción y el estilo se vuelve cada vez más suelto y natural.

En otros lugares, el traductor, en un alarde de fidelidad, conserva las expresiones metafóricas del quiché, sin buscar el equivalente castellano. Por ejemplo, cuando Hun-Ahpú e Ixbalanqué resuelven deshacerse de sus envidiosos hermanos Hun-Batz y Hun-Chouén, el traductor les hace decir: "sólo los convertiremos en otra cosa sus barrigas", usando una metáfora que pudo interpretarse diciendo que solamente los harían cambiar de figura, como en efecto lo hicieron, transformándolos en monos. En ese mismo pasaje el sentido es sumamente obscuro, porque Ximénez se limita a traducir palabra por palabra las frases en extremo sintéticas del original quiché, sin darles el desarrollo que en castellano requieren. Se

70 El idioma inglés posee formas semejantes, y en él podrían traducirse las formas de pasiva quichés diciendo "its being declared, its being told, its being formed, etc.", que son expresiones equivalentes. Sin embargo, el lector inglés probablemente preferiría, como el castellano, los sustantivos que corresponden.

citan estos ejemplos para dar idea de las dificultades que ofrece en general la lectura de la primera versión del *Popol Vuh*.

La traducción de Ximénez, con todo y sus defectos, representa una labor de infinita paciencia, que debe haber ocupado largo tiempo, años tal vez, de la vida del traductor. La primera versión puede leerse en la columna de la derecha del manuscrito de las *Historias* de los indios, y es la misma que publicó en Viena, en 1857, el Dr. Scherzer, con erratas numerosas. El copista que hizo el traslado de que se sirvió el editor no supo descifrar algunas de las abreviaturas usadas por Ximénez, leyó mal varias partes del manuscrito, omitió palabras y aun frases enteras y confundió muchos de los nombres propios y palabras quichés. Algunas de estas faltas son imputables, sin que haya lugar a duda, al copista guatemalteco; pero no es suya toda la culpa, y es de suponerse que el impresor vienés haya incurrido en varias de las equivocaciones que se notan en aquella edición, por lo demás muy estimable.

Esta primera traducción parece haberse ejecutado durante el tiempo en que Ximénez administraba el curato de Santo Tomás. En la carátula del manuscrito de las *Historias* de los indios se lee que el traductor era Cura doctrinero por el Real Patronato del Pueblo de Santo Tomás Chuilá, hoy Chichicastenango. Años más tarde, al emprender su obra de mayor extensión, la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, Ximénez revisó su traducción del documento indígena, suprimió muchas repeticiones, que son peculiares del idioma quiché, dividió el relato en capítulos y lo hizo, en general, de más fácil lectura, aunque menos fiel al texto original. En esta traducción condensada desaparecen algunas de las redundancias de la primera redacción, pero se han omitido conceptos y palabras y a veces párrafos enteros. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que esta segunda versión se conoce solamente a través del traslado hecho por el señor Gavarrete de la *Historia de la Provincia*, traslado que ha servido para la edición de esta obra, impresa en Guatemala en 1929. De desearse sería que se diera a luz el texto auténtico de esta segunda versión de Ximénez, tal como se encuentra en el manuscrito original que se conserva en Guatemala. Los numerosos errores y supresiones, la ortografía defectuosa y otras faltas de que desgraciadamente adolece la edición de

1929, deben atribuirse a las transcripciones sucesivas, ya que el mismo Gavarrete advertía en 1872 que la suya no era copia del original, sino de otra copia hecha con mucho descuido e imperfección. Esta copia debe haber sido muy antigua, porque los errores y supresiones que contiene se observan también en los capítulos que Ordóñez y Aguiar insertó, a fines del siglo XVIII, en su *Historia de la Creación del Cielo y de la Tierra*.

Habiéndose conservado, por suerte el manuscrito de la primera versión de Ximénez, junto con la copia del original quiché, es posible todavía apreciar la traducción en su forma primitiva, sin los errores que la perjudican en las dos impresiones de 1857 y 1929.

A pesar de sus defectos, esta traducción es una obra de gran mérito y de inestimable valor. El fraile lingüista conocía mejor el quiché del siglo XVI que cualquiera de los modernos traductores y comentaristas del *Popol Vuh*, y conocía asimismo la mentalidad de los indios de aquella raza. Por esta razón, el traductor español se mantiene casi siempre en el mismo nivel intelectual del narrador quiché, sin elevarse a otras esferas extrañas a la cultura americana precolombina, y sin dejarse arrastrar por la fantasía, como le ocurrió al primer traductor francés.

El Abate Brasseur de Bourbourg afirma que el Padre Ximénez carecía de sentido crítico y del conocimiento previo de la historia general de los indios, y que, por este motivo, no pudo hacer más que una traducción informe al español, en la cual da casi siempre una equivalencia literal, palabra por palabra, a veces sin sentido ninguno, y omite a veces hasta cuatro o cinco renglones del original.⁷¹ Criticando más adelante el fondo de la traducción de Ximénez, e inculpándole siempre de no haberse instruido en las antigüedades americanas ni en la ciencia de Sahagún y de Torquemada, dice Brasseur que el traductor español no supo penetrar hasta el fondo de la obra que tenía entre sus manos y que se dejó dominar, al traducirla, por los prejuicios monásticos de su tiempo. En apoyo de estos cargos, cita Brasseur la interpretación que hace Ximénez de los pasajes relativos al imperio de Xibalbá, "que se convierte bajo su pluma en la mansión de los réprobos, el infierno, y sus príncipes en

71 Brasseur, 1857, t. I, pp. XXV, XXVI.

demonios".⁷²

El reproche de que Ximénez ignoraba las antigüedades americanas es notoriamente injusto y confirma la opinión que hemos consignado en el capítulo III respecto al desconocimiento que tuvo Brasseur de la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, de la cual hace mención en varios lugares de sus obras, pero que evidentemente no leyó. En su poder existía la copia que hizo Gavarrete de los 36 primeros capítulos del Libro I de la *Historia de la Provincia*, pero no parece haberles prestado atención. En esta parte de su obra, el Padre Ximénez cita y comenta las opiniones de Torquemada y reproduce por extenso los capítulos principales de la *República de Indias* del Padre Fr. Jerónimo Román, que contienen información abundante sobre las costumbres, leyes y creencias de los indios de Guatemala y México. Como ya se ha dicho, los capítulos de Román que tratan de estos asuntos están copiados casi literalmente de la *Apologética Historia* de Fray Bartolomé de las Casas, quien asegura haber escrito todas esas noticias de acuerdo con el testimonio de los religiosos franciscanos y dominicos que aprendieron las lenguas y supieron de raíz y fundamento las costumbres buenas y malas de aquellas gentes.⁷³

Ximénez refiere asimismo las profecías de los indios mayas de Yucatán y menciona los lugares de la *Historia* del Padre Cogolludo donde se habla de ellas; cita las crónicas de Herrera y Remesal y demuestra, en fin que estaba enterado de lo que un hombre culto podía saber en aquel tiempo acerca de la ciencia americanista.

En cuanto a los prejuicios que el Abate Brasseur de Bourbourg atribuye al Padre Ximénez, debe señalarse el ejemplo citado por aquél acerca del imperio de Xibalbá, que Ximénez identificaba con el infierno. Este es asunto muy discutible, y, como se dirá más adelante, no puede negarse que la leyenda de Xibalbá se refiere a las regiones subterráneas.

72 Brasseur, 1857, t. I, p. LXXX.

73 Las Casas, 1909, t. I, cap. CCXIX, p. 574. El Sr. Serrano y Sanz compara justamente la obra del traductor español del *Popol Vuh* con el del P. Sahagún cuando escribe: "el P. Jiménez trajo al acervo común sus preciosísimas tradiciones indias [las *Historias del origen de los indios*, etc.] haciendo lo que antes en México el P. Sahagún". M. Serrano y Sanz, *Relaciones Históricas y Geográficas de América Central*, Madrid, 1908, Introducción.

habitadas por genios del mal, atormentadores del hombre. La concepción quiché del mundo subterráneo de Xibalbá era semejante a la del Mictlán de los indios mexicanos y el Hades de los griegos. Ximénez no iba del todo descaminado al reconocer en ese lugar de castigo el infierno de los españoles.

Podría atribuirse también a prejuicio el hecho de que Ximénez traduce la palabra *cabauil* (dios) por ídolo, en los pasajes del *Popol Vuh* relativos a los dioses que adoraban las tribus en su emigración a las montañas del interior de Guatemala. Pero aparte de estas minucias de interpretación hay que reconocer que Ximénez tradujo el manuscrito quiché con imparcialidad y con empeño manifiesto de dar a sus lectores un trasunto fiel de las tradiciones y creencias de aquellas gentes, aunque a su juicio encerraban grandes errores y supersticiones, según declara en sus notas y comentarios. Con todo y sus imperfecciones, la traducción del *Popol Vuh* por Ximénez es la base para la interpretación del manuscrito más notable de la literatura antigua americana. Ya lo era cuando Brasseur de Bourbourg emprendió la interpretación de este documento y, a pesar de sus objeciones, declaró que la traducción del P. Ximénez le había sido utilísima y que la había "conservado íntegramente en casi todas sus partes, no habiendo hecho más que aclarar sus obscuridades y llenar sus lagunas".⁷⁴

El Abate Brasseur de Bourbourg encontró en Guatemala en 1855 el manuscrito de las *Historias de los Indios* que contiene la transcripción del texto quiché y la primera traducción española del Padre Ximénez. Destinado al curato de Rabinal por el Arzobispo García Peláez quien, según dice Brasseur, deseaba favorecer sus investigaciones arqueológicas y su afición a las lenguas indígenas, el ilustre viajero se trasladó a aquel centro quiché, aprendió a leer y escribir la lengua de los habitantes y se preparó suficientemente para emprender la traducción del libro quiché, según refiere en el prólogo de su *Histoire des Nations Civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*.

De esta manera tuvo Brasseur la oportunidad de aprender el idioma corriente de Rabinal y de consultar con los naturales los pasajes difíciles del *Popol Vuh*. Además, durante sus viajes

74 Brasseur, 1857, t. I, p. XXVI.

a Centroamérica, adquirió una valiosa colección de artes, gramáticas y vocabularios antiguos de las lenguas indígenas, que le fueron muy útiles para la interpretación de los documentos guatemaltecos. El *Vocabulario quiché* de Fray Domingo Basseta, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, está lleno de anotaciones de Brasseur, que demuestran el uso constante que éste hizo de aquel manuscrito en sus trabajos de traducción.

En 1861 se publicó en París el *Popol Vuh, Le Livre Sacré*, que contiene el texto quiché del *Manuscrito de Chichicastenango*, ordenado en capítulos y fonetizado, de acuerdo con las ideas de Brasseur, para facilitar su lectura por el público de su país. Conforme a esas ideas, el Abate introdujo la letra *k*, que no existe en el original, y sustituyó con ella la *c* y la *q* que usó Ximénez al transcribir el manuscrito quiché. En cambio, conservó la *v* que se usaba en el período colonial para representar el sonido de la *u* como en las palabras *varal*, *vinac*, etc.

La versión del *Popol Vuh* es un trabajo notable, en el cual el Abate Brasseur se esforzó por interpretar, con la precisión y elegancia propias de la lengua francesa, el pensamiento antiguo y sencillo de la raza quiché. Como él mismo declara, esta traducción está basada en la versión española de Ximénez y aumentada con las partes omitidas por el fraile dominicano.⁷⁵ En lo general, el Abate tradujo el manuscrito quiché con exactitud, aunque no son pocos los errores que se deslizaron en su trabajo, a pesar del evidente cuidado del traductor. Su traducción se resiente, sin embargo, de un defecto capital. A pesar de haber vivido algún tiempo entre los indios americanos, el Abate no llegó a comprender su mentalidad primitiva y les atribuyó gratuitamente ideas y pensamientos tan elevados como los de los pueblos del Viejo Mundo, herederos de una cultura clásica de muchos siglos.

75 "El juicio desfavorable de Brasseur [acerca de la traducción del Padre Ximénez] es completamente injusto. Por lo demás, el abate francés ha utilizado el texto español de Ximénez mucho más de lo que confiesa. No solamente tradujo literalmente, sino que aceptó sin discusión muchos errores de Ximénez. Además, se encuentran en él obvias malas interpretaciones del texto de Ximénez. Por último, es seguro que el Padre Ximénez, a pesar de todos los defectos de la traducción, comprendía mejor la manera como contaban los indios sus 'historias' que como Brasseur las comprendió". Schuller, 1935, pág. 107, nota 5.

El escritor Alemán Noah Elieser Pohorilles publicó en Leipzig en 1913 una versión del *Popol Vuh*, bajo el título de *Das Popol Wuh. Die mythische Geschichte des K'iche-Volkes von Guatemala nach dem Original-Texte übersetzt und bearbeitet*. En lo general, el traductor alemán sigue a Brasseur de Bourbourg en la interpretación del documento quiché, no obstante que en el título de su trabajo declara que es traducción del texto original. En un estudio sobre el *Significado de los mitos del Popol Vuh*, el Profesor Eduardo Seler indicaba que no consideraba que la traducción de Pohorilles hubiera mejorado la de Brasseur, sino lo contrario.⁷⁶

El Profesor Georges Raynaud, de la Sorbona, dedicó muchos años al estudio de los manuscritos indígenas de América y publicó en París, en 1925, una nueva versión del *Popol Vuh*, con el título de *Les dieux, les héros et les hommes de l'ancien Guatemala d'après le Livre du Conseil*. La traducción española de esta obra salió a la luz en 1927.

La traducción del Profesor Raynaud es, a nuestro juicio, la mejor y más exacta de las interpretaciones modernas del documento quiché. El traductor tuvo la ventaja de poder consultar los vocabularios de las lenguas de Guatemala que posee la Biblioteca Nacional de París, para aclarar muchos conceptos de las versiones de Ximénez y Brasseur, que son la base de todo trabajo moderno de esta índole. Su traducción es más precisa que las anteriores y en lo general más aceptable.

Los defectos de la traducción de Raynaud dependen principalmente de que el profesor de la Sorbona no tuvo a la vista el manuscrito original y hubo de atenerse a la transcripción de Brasseur, que, como se ha dicho, no es siempre fiel. Además, Raynaud no conoció Guatemala ni, por la misma razón, le fue dable penetrar la mentalidad de los indios de este país e informarse con exactitud de su carácter y costumbres.

Mencionaremos, por último, la versión del Licenciado J. Antonio Villacorta y don Flavio Rodas N., contenida en el volumen intitulado *Manuscrito de Chichicastenango (Popol Buj). Estudio sobre las antiguas tradiciones del pueblo quiché. Texto indígena fonetizado y traducido al castellano. Notas etimológicas*, etc. Guatemala, 1927. Esta es la primera

traducción moderna publicada en Guatemala. En el prefacio de la obra se lee que sus autores la emprendieron porque no se ha hecho una versión fiel del *Manuscrito*. El señor Rodas gran conocedor del idioma quiché moderno, tomó el texto transcrito por Brasseur y lo fonetizó de acuerdo con la ortografía española. "para que lo puedan leer los naturales y otras personas que hablen aquel idioma". El texto quiché va acompañado de una traducción española. Preceden a la traducción unos estudios sobre los quichés, los mayas y los toltecas, el calendario y los manuscritos precolombinos; y se encuentran al final varias páginas de notas y etimologías.

El trabajo de fonetización es útil para el lector de habla española, para quien evidentemente ha sido hecho. Es sensible, sin embargo, que se hayan alterado ciertos nombres como el de *Hunahpú*, a quien se llama *Junajup*, y que al referirse a *Vucub-Hunahpú*, que era una sola persona y hermano del primero, se le presente como un grupo de siete *Ajups*, según se lee en varios pasajes de aquella traducción.

El trabajo de los señores Villacorta y Rodas adolece de numerosos defectos, algunos de los cuales han sido señalados por la crítica extranjera.⁷⁷ Nótanse en la traducción muchos descuidos e inexactitudes, aun en pasajes que no ofrecen mayor dificultad. Además, parece haberles faltado a los autores el auxilio de los vocabularios antiguos, cuya consulta es indispensable para comprender el significado de muchos términos que ya no se usan por los indios quichés.

En la introducción de sus *Märchen der Azteken und Inka-peruaner, Maya und Muisca*, que contiene una versión de las leyendas del *Popol Vuh*, Walter Krickeberg menciona el curso lingüístico del Profesor Eduard Seler en la Universidad de Berlín, en el cual el distinguido americanista explicaba algunos capítulos del *Popol Vuh* y del *Memorial de Tecpán-Atitlán*. Lewis Spence estudia extensamente el *Popol Vuh* en su obra *The Magic and Mysteries of Mexico* y afirma que el Profesor Seler, poco antes de su muerte, estaba trabajando en una traducción del quiché del *Libro del Consejo*, pero que no llegó a publicarla. Sus vastos conocimientos de la mentalidad, historia y lenguas de los indios de América le daban al Profesor Seler completa autoridad para interpretar estos documentos, como lo demuestran la crítica que hizo de los trabajos de Pohorilles y

⁷⁷ Schuller, 1931; *idem*, 1935. Imbelloni, 1940.

otros estudios sobre los mitos de los quichés y cakchiqueles de Guatemala que publicó en revistas científicas de su país. En el prólogo del tomo V de la colección de sus obras decía su viuda, la Sra. Caecilie Selser, en 1923, que no había renunciado por completo a la esperanza de publicar un tomo VI que contuviera las traducciones de Sahagún y del *Popol Vuh*, cuyo valor para el conocimiento de la antigua América le parecía de tanta importancia que no debían quedar en la obscuridad. La traducción de Sahagún apareció en 1927, pero la del *Popol Vuh* continúa inédita.

El distinguido investigador austríaco Rudolf Schuller hizo una traducción inglesa del libro quiché, según noticia del Dr. Samuel K. Lothrop en su estudio arqueológico de la región del Lago de Atitlán. Lothrop agrega que él también ha preparado una traducción del mismo documento.

En su libro *An Introduction to Mythology* (pág. 270), dice Lewis Spence que ha preparado una traducción compendiada del *Popol Vuh*, en el idioma inglés. En el mismo lugar refiere el escritor británico que la revista norteamericana *The Word* publicó en sus páginas durante los años 1906 y 1907, una traducción inglesa completa debida a la pluma del Dr. Kenneth Sylvan Guthrie, pero que no sabe si fue hecha del español o del quiché, y que, además, está redactada en el lenguaje bíblico, lo cual contribuye a reforzar el error común de que el *Popol Vuh* no es más que un trasunto de partes del Viejo Testamento. El Dr. Guthrie advierte en aquella revista que su traducción fue hecha independientemente "pero ciertas expresiones felices fueron agregadas", tomándolas de otra traducción del primer libro del *Popol Vuh* por James Pryse, que apareció en "Lucifer" en 1894-95.

La Colección Ayer de la Biblioteca Newberry de Chicago posee una traducción inglesa inédita del *Popol Vuh*, escrita por el Coronel Beebe. Es un manuscrito de 264 páginas, aparentemente basado en la traducción francesa de Brasseur.

El célebre libro quiché no fue publicado en su totalidad en el idioma inglés hasta que la imprenta de la Universidad de Oklahoma dio a luz, en los Estados Unidos una versión de la presente traducción española con el título de *Popol Vuh. The Sacred Book of the Ancient Quiché-Maya*. Esta versión inglesa fue publicada también al año siguiente en Inglaterra.

Una nueva versión alemana por el Dr. Leonhard Schultze-Jena, profesor de la Universidad de Marburg, fue

impresa en 1944 en Stuttgart bajo el título de *Popol Vuh. Das heilige Buch der Quiché Indianer von Guatemala*. Esta versión está acompañada del texto indígena transcrito por Ximénez en el manuscrito anexo al *Arte de las tres lenguas*, de un estudio sobre la raza quiché, sus emigraciones, sus príncipes y su mitología, breves indicaciones gramaticales y un glosario analítico para facilitar la lectura del texto indígena.

Las leyendas del *Popol Vuh* han sido aprovechadas por algunos escritores modernos en la composición de cuentos y narraciones para niños, como puede verse en la colección de Krickeberg y en los *Tales from Silver Lands* de Charles Finger. Pasajes aislados del *Popol Vuh* han sido dramatizados varias veces, y el escritor alemán Oswald Claassen compuso, con episodios del mismo, un extenso poema con los títulos de *Die Ahnen des Mondes*, o sea "Los Antepasados de la Luna", y *Das Gefäß des Schicksales*, o sea "El Vaso del Destino", inspirado en la traducción de Pohorilles.

De esta manera, los autores modernos han justificado la opinión un poco irónica que emitía Ximénez cuando escribía: "Yo bien entiendo que todas estas historias son cuentos de muchachos", lo cual no impidió, por cierto, que el austero religioso dedicara a transcribirlas, traducirlas al castellano y comentarlas, mucha parte del tiempo que le dejaban libre sus obligaciones eclesiásticas.

En su estudio sobre los autores indígenas y sus obras, analizaba Brinton (1883) "la narración compendiada de la mitología e historia tradicional de los quichés" y las traducciones de Ximénez y de Brasseur, y declaraba que ninguna de las dos es satisfactoria. Ximénez, según dice Brinton, escribió con todos los prejuicios de un monje español, y Brasseur era un evemerista del tipo más avanzado, que veía en cada mito la expresión de un hecho histórico. Y agregaba: "Hay necesidad de una retraducción de toda la obra, con notas críticas lingüísticas anexas." Otros críticos han secundado al eminente americanista en esta observación. Desde el tiempo en que él escribía han visto la luz nuevas traducciones que han aclarado algunos de los puntos oscuros del libro quiché. Pero el campo es amplísimo y el tema siempre nuevo y atrayente. La presente traducción y el estudio filológico e histórico que la acompañan han nacido de esa atracción que ejerce el venerable documento indígena; y aunque no se pretende que ella pueda responder por completo a

la necesidad señalada por Brinton, se espera que, cuando menos, contribuya a reavivar el interés por estas cosas de la antigüedad americana.

VI

SINTESIS DE LA HISTORIA ANTIGUA DEL QUICHE

EL *Popol Vuh*, o *Libro del Consejo*, presenta el cuadro completo de las tradiciones populares, creencias religiosas, emigraciones y desarrollo de las tribus indígenas que poblaron el territorio de la actual República de Guatemala después de la caída del Viejo Imperio Maya. Sustituye, según advertencia de su compilador, al libro antiguo en que leían los reyes, que ya no se veía en la época de la colonización española, y, aparte de cumplir su propósito declarado, establece también relaciones valiosas con los demás documentos de Guatemala y de México que tratan de la evolución histórica de los pueblos de esa parte del Nuevo Mundo.

Cuando los españoles invadieron el territorio situado inmediatamente al sur de México en 1524, encontraron el país ocupado por una población floreciente y dueño de una civilización que no era inferior a la de sus vecinos del norte. El reino quiché se extendía desde la costa del Pacífico hasta los confines del Petén de los itzaes; al occidente se hallaban los indios mames, que ocupaban el territorio de los actuales departamentos de Huehuetenango y San Marcos en Guatemala y el distrito de Soconusco al sudeste de Chiapas, México; al oriente vivían los cakchiqueles, rivales de los quichés, los zutujiles, que poblaron las tierras alrededor del lago de Atitlán, y los pocomames, situados en la región del lago de Amatitlán y en las montañas que circundan el valle de la actual ciudad de Guatemala. Al norte estaban establecidos los quekchies y poconchies, en la comarca que más tarde sometieron por medios pacíficos los religiosos de Santo Domingo y que, por esa razón, fue llamada la Vera Paz.

No es posible calcular con exactitud la población de los diferentes reinos indígenas de Guatemala en la época de la Conquista. El país estaba densamente poblado; los quichés levantaron contra los españoles un ejército de muchos miles de

hombres, y los mames de Huehuetenango, los zutujiles de Atitlán, los pocomames de Mixco y los pipiles de la costa del Pacífico no se rindieron hasta después de ver aniquiladas sus numerosas huestes. Los cakchiqueles abrieron los brazos a los invasores, pero tuvieron que combatirlos poco después, cuando Alvarado y sus oficiales provocaron con sus actos de crueldad y de codicia el alzamiento general de la población. La insurrección cakchiquel, que puso en peligro a la naciente colonia española, motivó asimismo la destrucción de millares de hombres de aquel pueblo que, aunque tardíamente, luchaba con desesperación por reconquistar su libertad.

Los pueblos indígenas de la actual Guatemala descienden del tronco común de los mayas, que desarrollaron su maravillosa civilización en la parte norte del país y en el actual territorio de Yucatán. Las características físicas de la población y la semejanza que existe entre las lenguas demuestran suficientemente el parentesco que las une entre sí y con la madre común. Y como complemento, los documentos de los quichés y cakchiqueles que afortunadamente han llegado hasta nosotros coinciden con los documentos de Yucatán y de México al asignar un mismo origen a los habitantes del vasto territorio comprendido entre la meseta central mexicana y la mitad norte de la América Central.

En la tercera parte de este libro de las historias de los indios se lee que los cuatro primeros hombres, los caudillos Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam, fueron creados y hechos de la médula del maíz, la planta venerada por los antiguos indios mayas, y que aquéllos fueron los progenitores de la raza quiché. La nación *yaqui* tolteca o mexicana, "el pueblo de los sacrificadores", se había unido a los quichés y demás tribus, y todos juntos esperaban con ansia la salida del sol. "Tuvieron noticia de una ciudad y se dirigieron a ella", dice el texto, y agrega que la ciudad se llamaba *Tulán-Zuiva*, *Vucub-Pec* (Siete Cuevas), *Vucub-Ziván* (Siete Barrancos). La leyenda mexicana coloca en ese mismo sitio la cuna de los pueblos que se establecieron en el Anáhuac y la llama *Chicomoztoc*, que tiene el mismo significado, siete cuevas o barrancas. El *Libro de Chilam Balam de Maní* dice que los cuatro Tutul Xiúes abandonaron la tierra y casa de *Nonoual* al occidente de Zuiva, y que el país de donde vinieron se llamaba *Tulapan*. Y por su parte, el *Libro de Chilam Balam de Chumayel* refiere que, de las cuatro divisiones del pueblo, una salió del

oriente, otra del norte, otra vino de *Holtun Zuiva*, (la cueva de *Zuyva*) en el oeste, y la última llegó del sur, del cerro de *Canek*, de la tierra llamada Nueve Cerros (*Bolonpel uitz*).

En un manuscrito cakchiquel, el *Memorial de Sololá*, se dice que los antepasados de aquel pueblo vinieron de Tulán; que originalmente las tribus llegaron del poniente a aquel sitio legendario: "Del poniente llegamos a Tulán dice el documento cakchiquel, desde el otro lado del mar, y fue en Tulán donde fuimos engendrados y dados a luz por nuestras madres y nuestros padres".

La emigración prehistórica de las tribus ha sido descrita por la mayoría de los autores de la materia. Sahagún dice a este respecto: "Ha años sin cuenta que llegaron los primeros pobladores a esta parte de la Nueva España [y]... desembarcaron en *Panutla* [Pánuco] y desde aquel puerto comenzaron a caminar por la ribera del mar mirando las sierras nevadas y los volcanes hasta que llegaron a la provincia de Guatemala, siendo guiados por su sacerdote que llevaba consigo su dios de ellos con quien siempre se aconsejaba para lo que había de hacer y fueron a poblar a Tamoanchán donde estuvieron mucho tiempo".⁷⁸

No existe indicación alguna acerca de la época en que las tribus guatemaltecas salieron de Tulán, pero suponiendo que hayan emigrado más o menos al mismo tiempo que los futuros fundadores de Uxmal y Chichén Itza en la Península de Yucatán, se puede calcular que su éxodo comenzó en el siglo VII de nuestra era. Tanto el *Popol Vuh* como el *Memorial Cakchiquel* refieren la manera como las tribus cruzaron el mar sobre piedras y arena cuando venían de Tulán. El segundo de dichos documentos suministra información más precisa sobre los lugares intermedios que aquéllas atravesaron antes de establecerse en el interior de Guatemala. Fueron, dice el *Memorial*, al lugar de *Teozacuán* y al de *Meahauh*; allí se reunieron todos y luego partieron para el lugar llamado *Valval Xucxuc*, donde descansaron. De allí pasaron al lugar llamado *Tapcu Olomán*, y continuando el viaje hacia el este se encontraron con gente armada, los *Nonoualcat* y los de *Xulpit*, que estaban a la orilla del mar y a quienes atacaron y derrotaron; los persiguieron en las propias barcas de aquellas gentes y en ellas atravesaron el mar siempre en dirección al oriente hasta entrar a la ciudad y las casas de los de *Zuyva*, entre

el terror de sus habitantes. Sin embargo, no pudieron resistir el ataque de los hombres, los perros y las avispas, ni la magia y hechicería de los enemigos, que subían al cielo y desaparecían en la tierra. Maltrechos y cansados se retiraron los cakchiqueles y quichés a Tapcu Olomán, donde lamentaron sus pérdidas, y viendo que el país les era hostil, dispusieron abandonar la costa del mar y dirigirse hacia el interior en busca de tierras más propicias.

Las palabras *Tapcu Olomán*, nombres que en el *Popol Vuh* se leen en un lugar como *Tepeu Olomán* y en otro *Tepeu y Olimán*, aluden naturalmente a los olmecas que vivían en la región de Veracruz y que establecieron un puesto avanzado hacia el sudeste en lo que es hoy el Estado de Tabasco, con el nombre de *Xicalanco*. En la *Historia Chichimeca* de Ixtlilxóchitl se lee que Quetzalcoatl "predicó" a los olmecas-xicalancas durante la estancia del civilizador tolteca en tierras de Yucatán. Mendieta dice que los xicalancas extendieron su poder a lo largo de la costa más allá de *Coatzacoalco*. Gómara, en su *Crónica de la Nueva España*, dice que por ser Xicalanco un gran centro comercial se llamó a toda la costa del Atlántico *Anáhuac-Xicalanco*. Sahagún refiere (capítulo XXIX del libro X) que el país de los olmecas era un verdadero paraíso terrenal, abundante en productos de la tierra; que sus habitantes habían salido de Tulán en pos de los toltecas que también se llamaban chichimecas, pero agrega que los que están hacia el nacimiento del sol se nombran *olmeca*, *uixtotín* y *nonoualca* y no se dicen chichimecas.

Los *Anales de Chimalpahin* dicen que se llama a esos lugares *Nonoualco* o *Nontiaco*, que quiere decir "tierra de mudos", o sea la tierra de lengua extranjera, porque los traficantes que se dirigían al sur no comprendían el idioma local. Era la zona intermedia entre los pueblos del norte y los mayas que hablaban una lengua diferente de la de aquéllos. Los *Anales de Chimalpahin* identifican a Nonoualco con *Tlapallan*, la región legendaria a donde se dice que Quetzalcoatl fue a poblar y a morir después de su salida de Tulán. Ixtlilxóchitl suministra en sus *Relaciones* estos interesantes datos acerca de la expedición de Quetzalcoatl: "Partió para *Tlapallan* caminando de noche por desiertos hasta que llegó a aquel lugar donde vivió después casi treinta años, servido y regalado por los Tlapaltecas y murió de edad de 104 años". Y en otro lugar: "Asimismo de los tultecas

⁷⁸ Sahagún, 1938, t. III, lib. X, cap. XXIX, p. 136.

que se escaparon se fueron por las costas del mar del sur y norte, como es *Huatimala, Cuauhtzacualco, Campeche, Tacolotlán* y los de las islas y costas una mar y otra". Ese grupo que fue a Guatemala y a Tacolotlán (o Tecolotlán, el nombre antiguo de la Verapaz) era la nación *yaqui* o tolteca de que habla frecuentemente el *Popol Vuh*. La región de Xicalanco, Nonoualco y Tlapallan era la que riegan en la última parte de su curso los grandes ríos Tabasco y Usumacinta, la región de la Laguna de Términos y del poniente de Yucatán. Torquemada (lib. III, cap. 7) dice que Quetzalcoatl se fue a "las tierras de Onohualco, que son vecinas al mar y son las que aora llamamos Yucatán, Tabasco y Campeche". En los *Anales de Chimalpahin* se llama a Quetzalcoatl el dios del Oriente (*teotl ixca*) de los nonoaulcas, es decir, de los habitantes de la costa de Tabasco.

Estas noticias de origen mexicano nos ayudan para interpretar las referencias del *Popol Vuh* y del manuscrito cakchiquel, y nos permiten localizar los sitios donde estuvieron las tribus guatemaltecas, probablemente por espacio de muchos años, antes de su emigración al interior del país. *Teozacuancu* podría ser el lugar de Coatzacoalco; el nombre está escrito en la forma en que lo recordaba Hernández Arana cuando, seiscientos años más tarde, contaba las tradiciones de sus antepasados. Tapcu Olomán o Tepeu Olimán es la versión cakchiquel y quiché de Olmeca Xicalanca, que eran los nombres de Olimán, de Olmecatl Uixtotli, el caudillo que según Sahagún, "tenía pacto con el diablo". Los nonoaulcas, según la cita que hemos hecho de Sahagún, eran la misma gente que estos olmecas, y, según el libro cakchiquel, la gente de Zuyva, que vivía probablemente en la isla que hoy se llama del Carmen, en la Laguna de Términos. Una ojeada al mapa de esta interesante región demuestra que la Laguna de Términos era el único depósito considerable de agua que se oponía al paso de las tribus que venían del noroeste. El *Título de los Señores Totonicapán* dice que cuando estaban ya de este lado del mar "llegaron a la orilla de una laguna en donde había multitud de animales: allí hicieron ranchos, pero habiéndoles disgustado aquel lugar lo abandonaron.

Los mexicanos daban a esta región el nombre de *Acallan* del náhuatl *a calli*, barca, y sus habitantes, como observa Scler (1904), mantenían un activo tráfico comercial con Tabasco y Xicalanco, y por el sur con el Golfo Dulce y otros lugares del

interior de Guatemala, usando para ello la vía marítima y el curso de los grandes ríos. En su expedición a Honduras, Cortés fue recibido y auxiliados por los habitantes de la comarca de Acallan, centro de esa gran zona mediterránea. Lehmann(1940) recuerda que en la *Historia de los Reinos de Colhua y México* figura el país de Acallan entre las tierras conquistadas por Quetzalcoatl; y alude al pasaje del Himno XVIII de los nahuas, inserto en la obra *Ancient Nahuatl Poetry* de Brinton, en el cual se dice que los nobles compañeros de Quetzalcoatl partieron de Cholula y se fueron llorando por el agua con dirección a Acallan.

En esa misma región, en el lugar de *Chakanputún* (Champtón de los tiempos modernos, en el actual Estado de Campeche, México), vivió por espacio de doscientos cincuenta años una tribu llamada Itzá que había llegado originalmente del sur, de las montañas del Lacandón según Herrera, trayendo consigo la civilización del Viejo Imperio Maya. Esta tribu era probablemente la división que según el *Libro de Chilam Balam de Chumayel* llegó del sur, del cerro de Canek, nombre del jefe del *Petén-Itzá*, y de la tierra de Nueve Cerros (*Bolonpel uitz*), lugar importante por las vertientes de sal, situado en las mágenes del Río Chixoy o de las Salinas, afluente principal del Usumacinta.

En un katún 8 Ahau de la Cuenta Corta de los mayas, probablemente en los años 928-948 de la era cristiana, un grupo de gentes de habla maya comenzó a moverse con rumbo nordeste a través de la península de Yucatán. Una parte, por lo menos, de estas gentes eran itzaes, pero otra, capitaneada por un jefe llamado Kukulcán, era indudablemente de origen mexicano (de la meseta central) aunque había estado viviendo en lo que es hoy la región sudoeste de Campeche por espacio de dos a dos y medio siglos. Después de andar errantes unos cuarenta años, llegaron por fin a Chichén Itzá, donde establecieron su capital en un katún 4 Ahau (968-987). Según la tradición maya, Kukulcán fundó la opulenta ciudad de Mayapán, enseñó al pueblo las artes y las ciencias, y al cabo de algún tiempo desapareció, anunciando que se volvía a México.

Este personaje no era otro que el rey de los toltecas, Quetzalcoatl. Por su parte, Tutul Xiú y sus compañeros, que habían salido de Tulapan, al occidente de Zuyva, se establecieron en Uxmal y construyeron la espléndida ciudad de

ese nombre al mismo tiempo que Kukulcán reconstruía Chichén Itzá y edificaba Mayapán.⁷⁹ El *Memorial de Sololá*, como se ha visto, refiere que las tribus guatemaltecas lucharon con los *ah nonoualcat* y los *ah xulpiti* que se hallaban a la orilla del mar, y entraron a la ciudad y a las casas de los *ah zuyva*. No es aventurado suponer que los *ah xulpiti* eran las gentes de Tutul Xiú que todavía muchos años después se servían de la “lengua de Zuyva”, según se lee en la *Crónica de Chumayel*.

Es posible que las tribus guatemaltecas, después de una larga permanencia en la región de la Laguna de Términos y Chakanputún, se hayan visto obligadas a abandonar dichos lugares, no sólo porque la acumulación de pobladores procedentes del norte y del sur ha de haber hecho que escasearan las subsistencias, sino también por la tiranía de los itzaes, raza de pícaros y engañadores como los llamaban las viejas crónicas. En un pasaje del *Popol Vuh*, hablando de los Señores de *Xibalbá*, que, según la leyenda, oprimían cruelmente a los quichés, se dice que dichos Señores, atormentadores de la humanidad, causaban espanto, que eran unos malvados, *ah-tza*, y que promovían el mal y la guerra.

En su peregrinación hacia las tierras del interior, las tribus guatemaltecas siguieron probablemente el curso del Río Usumacinta y sus afluentes, el Chixoy que los llevó al occidente y el Pasión al oriente del territorio actual de Guatemala, y otras se dirigieron al valle del Motagua y sus afluentes, por donde se encaminaron al centro del país. Como es bien sabido, estos ríos eran en tiempos precolombinos las grandes arterias del comercio entre los indios mayas de Yucatán y Tabasco y sus hermanos de Guatemala. Los emigrantes se establecieron en las altiplanicies y montañas del centro de este país, que les brindaban medios de subsistencia y de defensa contra sus enemigos. Sin embargo, los primeros lugares del interior que menciona el *Memorial de Sololá* son las montañas de *Meme* y *Tacná*, indudablemente las tierras de los mames y el volcán de Tacaná en el actual Departamento de San Marcos, en Guatemala, y el Distrito de Soconusco en Chiapas, México, sobre la costa del Pacífico, lo que parecería indicar que los cakchiqueles llegaron directamente a esta región remontando el gran Río de Chiapas o Tabasco que desemboca en el Golfo de México en la zona de Xicalanco.

Pero tanto este documento como el libro quiché fijan los establecimientos principales de las tribus en el centro del país.

El recuerdo de sus hermanos de México no se borró de la memoria de las tribus guatemaltecas, y ya se verá cómo hasta en la hora de su mayor alegría, al nacer el sol de su civilización, lloraban por la ausencia de los que habían quedado en las tierras del norte, o sea en el Oriente, que éste era el nombre que daban al país de donde habían venido y del cual, así como de su toponimia, tenían al cabo de los años ideas sumamente vagas e imprecisas.

Las tribus quichés, sin embargo, permanecieron leales al gran conductor de pueblos, Quetzalcoatl o Kukulcán, que se había establecido “en el Oriente”, o sea en Xicalanco y Chichén Itzá. En efecto, uno de los primeros actos de los príncipes quichés cuando ya habían fijado su residencia en Guatemala fue ir al Oriente, obedeciendo la recomendación que sus padres le habían hecho antes de morir, a fin de recibir del Señor Nacxit, la investidura real y los honores y dignidades de que hablan todos los documentos indígenas de Guatemala. El Señor Nacxit, en quien fácilmente se reconoce a Topiltzin Acxiti Quetzalcoatl, o alguno de sus sucesores que continuaba usando ese nombre, recibió con amor a los príncipes quichés y los colmó de honores y presentes, entre los cuales figuran de manera significativa “las pinturas de Tulán en que ponían sus historias”.

Los documentos guatemaltecos enumeran las tribus que llegaron juntas al interior del país. El *Popol Vuh* menciona las tres ramas de la familia quiché, los *Cavec*, los *Nimhaib* y los *Ahau-Quichés*; la tribu de *Tamub* y la de *Hocab*, los *trece de Tecpán*, los de *Rabinal*, los *Cakchiqueles*, los de *Tziquinahá*, los de *Zacahá*, los de *Lamac*, *Cumatz*, *Tuhalhá*, *Uchabahá*, los de *Chumilahá*, los de *Quibahá*, los de *Batenab*, los de *Acul Vinac*, los de *Balamihá*, de *Canchahel* y *Balam-Colob*. Estas eran solamente las tribus principales, según el libro quiché; desde Tulán se había alterado el lenguaje de los diversos pueblos, y desde allá se había establecido la supremacía de los quichés, quienes recibieron los atributos de la soberanía y el señorío antes de abandonar a la madre patria. El *Memorial de Sololá* contiene, por su parte, una larga enumeración de lugares y de tribus, de los cuales no tenemos para qué ocuparnos en este capítulo. Los nombres geográficos que suministra dicho documento orientan al lector que desee seguir a los cakchiqueles

⁷⁹ Morley, *La Civilización Maya*, cap. V.

en sus expediciones al oriente y norte del territorio propiamente quiché.

Es un carácter común en los documentos de Guatemala y de México la comunicación constante entre los hombres y los dioses que los aconsejan y los impulsan a ir más adelante en su peregrinación. Los quichés, lo mismo que los toltecas, elegían como jefes a sus sacerdotes, "que eran sabios y adivinos y los que sabían de encantamientos", como dice Sahagún. La vinculación de los quichés con los toltecas iba mucho más lejos, porque, según declara el *Popol Vuh*, los sacrificadores que acompañaban a las tribus eran *yaquis*, o sea mexicanos.

El viaje por las selvas, ríos y montañas no era fácil en aquella época, y el problema de alimentar a tanta gente debe haber preocupado continuamente a los jefes. Sufrieron los pueblos hambres inauditas, y a veces, según los documentos, tenían que acudir al recurso de oler la punta de sus bastones para engañar al estómago. Un documento quiche⁸⁰ refiere que las miserias y espantosos trabajos sufridos por los peregrinos se debieron principalmente al hecho de que perdieron la semilla del grano de maíz que habían hallado en Tulán, y que solamente la recuperaron cuando en el lugar llamado *Pambilil*, encontraron tres pies de dicho cereal, de cuyo fruto se sirvieron para sembrar sus próximas cosechas, "multiplicándose de siembra en siembra hasta el siglo presente".

Finalmente llegaron a la montaña llamada *Chi-Pixab*, o del Mandato o Consejo. En Chi-Pixab se reunieron todas las tribus y se organizaron bajo los diferentes nombres que escogieron. Primero estaban las tres ramas de los quichés: los quichés propiamente dichos, los de Tamub y los de Ilocab. A los cakchiqueles se les dio allí su nombre, *Cakchequeleb* que quiere decir "los del árbol rojo"; y asimismo fueron designados los nombres de los de Rabinal, otro pueblo quiché y los de Tziquinahá de raza Zutujil. Estos eran los grupos más importantes de las tribus que vinieron a poblar el territorio.

Después de permanecer algún tiempo en Chi-Pixab, los quichés recibieron de sus dioses la orden de que los condujeran a un lugar secreto, en previsión de que la llegada del día los expusiera al ataque de sus enemigos. Los quichés

obedecieron la orden y trasladaron a sus dioses a los montes *Avilix*, *Hacavitz* y *Patohil*, que se encuentran al norte del Quiché, y en el segundo de dichos montes, el Hacavitz, se reunieron con los de Rabinal, los cakchiqueles y los zutujiles o ah-tziquinahá para esperar la llegada de la aurora. No lejos del monte Hacavitz estaban las tribus de Tamub, en el lugar llamado *Amag-Tan*, y las de Ilocab en *Uquincat*. Los sacerdotes quichés Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam se encontraban en el monte Hacavitz esperando ansiosamente la salida del sol; no dormían, ni comían, y sus corazones estaban llenos de dolor. "¿Qué hemos hecho?, decían. ¿Cómo hemos podido abandonar a nuestra patria, a Tulán Zuiva? ¡Y nuestros dioses, los que trajimos desde aquellas tierras del Oriente, yacen ahora entre las parásitas y el musgo de los árboles sin tener siquiera una tabla en qué descansar!"

Pero a poco se llenaron de alegría cuando vieron aparecer en el horizonte al lucero del alba, a la brillante *Icoquih*, precursora del sol. En seguida quemaron el incienso que traían del Oriente y bailaron, mirando hacia el lugar donde debía aparecer el sol. Por último, el astro del día se levantó "como un hombre" y alumbró el mundo y secó la humedad de la tierra. Los hombres y los animales se regocijaron por igual y el ave que llamaban *Queletzú* prorrumpió en su canto, entonando el himno de la naturaleza al dios que ilumina, calienta y fecunda la faz de la tierra. Todas las tribus, incluyendo a los yaqui-tepeu, se prosternaron y adoraron al sol. Sin embargo, en medio de su alegría, los quichés no se olvidaron de sus hermanos, los que se habían quedado a la zaga en el país del norte. "Nosotros por fin hemos visto el sol; pero ellos ¿dónde están ahora que ha brillado la aurora?" Así decían, acordándose de sus hermanos, los yaquis, los de *Tepeu* y *Olimán*, a quienes ha de haber alumbrado la aurora allá en el país de México, "como ahora le llamamos", agrega el libro del Quiché.

Establecidos en el monte Hacavitz, los quichés dominaron a todas las tribus y tuvieron hijas e hijos hasta constituir un pueblo numeroso. Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam estaban satisfechos de su obra; pero era llegado el tiempo en que debían retirarse del escenario del mundo y anunciaron a sus hijos su partida; les dieron sus últimos

80 MS Quiché de D. Francisco Culet Yzumpam. 1561, extractado por Fuentes y Guzmán. 1933. t. II, pp. 391-392.

Procesión

consejos, les transmitieron el símbolo del poder real y desaparecieron de la vista de todos. Poco después los herederos de las tres familias reales emprendieron el viaje a Oriente, de donde habían venido sus padres, y allá recibieron la investidura y los atributos de la realeza de manos del Señor Nacxit.

Transcurrido algún tiempo volvieron los príncipes a Hacavitz, donde fueron recibidos con demostraciones de alegría por su pueblo, por los de Rabinal, los cakchiqueles y los zutujiles. La población había crecido y las tierras que ocupaban no bastaban a contenerlos y alimentarlos. Por esta razón las abandonaron y comenzaron una nueva peregrinación por otros lugares cuyos nombres revela el *Título de los Señores de Totonicapán*, hasta que llegaron a *Chi-Quix* (Entre las espinas), donde permanecieron algún tiempo, extendiendo su ocupación a los parajes vecinos de *Chichac*, *Humetahá* y *Culbá-Cavinal*. Desde allí, agrega el *Popol Vuh*, vigilaban las montañas buscando los montes *deshabitados*, porque ya eran muy numerosos. Esta indicación es muy interesante, porque revela que la comarca estaba habitada con anterioridad a la llegada de los quichés. Los habitantes de las montañas era, sin duda, los descendientes de los mayas del Viejo Imperio que se habían establecido en las tierras altas después de la ruina de las grandes ciudades del valle del Motagua y del Petén.

Gobernaba la cuarta generación de reyes cuando los quichés fundaron una ciudad formal en *Izmachí*. Allí levantaron casas de mampostería y edificaron una ciudad magnífica, dice el texto. Sin embargo, el engrandecimiento de las tres casas reales de Cavec, Nihaib y Ahau Quiché provocó los celos de los de Tamub y los de Ilocab, quienes se propusieron dar muerte a los reyes y aniquilar a la nación quiché; pero habiendo fracasado en su intento, fueron sacrificados en gran número o reducidos a la esclavitud. El fracaso de la revuelta consolidó el poder de los quichés, y, no siendo suficiente el sitio de Izmachí para alojar a la población cada vez más numerosa, dispusieron trasladar nuevamente la capital y se establecieron en *Gumarcaah*, que los mexicanos llamaron *Utatlán* (lugar de cañas), y que fue la última residencia de los reyes del Quiché. Esto pasó bajo los reyes Cotuhá y Gucumatz, príncipes de la quinta generación, que iniciaron la expansión del reino extendiendo sus fronteras hasta el mar y

ocupando tierras distantes que arrebataron a sus dueños y señores. Aquí estamos ya en terreno firmemente histórico.

La nueva capital se desarrolló rápidamente y llegó a ser la metrópoli de un gran imperio. Bajo el gobierno de Quicab el reino quiché llevó sus conquistas hasta las montañas de los mames, la costa del Pacífico desde Soconusco, las tierras de los cakchiqueles y los zutujiles y los confines del Petén. En la capital, embellecida por obras de arte, se levantaron los templos de los dioses y los veinticuatro palacios de la realeza, y la población se desbordaba sobre las extensas llanuras y barrancas que rodeaban la ciudad. Vencidas y subyugadas por Quicab todas las demás naciones, el Quiché recibió por muchos años un cuantioso tributo de los pueblos vecinos, que reconocieron sin discusión su hegemonía política. Su estrella había declinado, sin embargo, al final del siglo XV, después de desastrosas guerras que debilitaron por igual a todos los pueblos de Guatemala; pero cuando las banderas españolas se presentaron en son de conquista en las fronteras del imperio, los quichés no vacilaron en lanzarse a la lucha y marcharon valientemente a cumplir su destino.

En el último capítulo de esta obra enumera el autor las generaciones y sucesiones de reyes y señores del Quiché, comenzando con los fundadores de las dinastías, Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam, que vinieron juntos y juntos gobernaron. Las generaciones de reyes, desde los fundadores hasta los que, con una sombra de poder, ostentaban el título de tales bajo los españoles, ascendían al número de catorce. Ximénez⁸¹ calcula que la sucesión de los reyes ocupó en la historia quiché un período de 480 años y de esta manera coloca el principio del reino hacia el año 1054. Para llegar a ese resultado, Ximénez calcula la duración de cada generación de reyes en 40 años. Este cálculo, a primera vista, parece exagerado, pero deben tenerse en cuenta dos circunstancias, que por cierto el fraile historiador no parece haber advertido: primera, que, salvo en lo que a los tres primeros reyes se refiere, el *Popol Vuh* presenta en una sola generación al monarca en ejercicio, o *Ahau-Ahpop*, y a su adjunto, el *Ahpop-Camhá*, destinado a sucederle y que ejercía el mando hasta su muerte; éste era generalmente el hijo mayor del

81 Ximénez, 1929, t. I, p. 71.

Agrega el Popol Vuh

capital

descartes de la cultura maya-quiché

monarca, y, por consiguiente, mucho más joven que él, de manera que un período de gobierno de cuarenta años, o sea de veinte años para cada uno, no parece excesivo; y segunda, que, según explica el *Título de los Señores de Totonicapán*, la sucesión de Balam-Quitze por Qocavib, o sea el paso de la primera a la segunda generación que describe el *Popol Vuh*, no fue directa, sino que Balam-Quitze engendró a Qotzahá. Qotzahá engendró a Tziquin, éste engendró a Ahcán y por último Ahcán engendró a Qocaib y Qocavib. El primero de estos dos hermanos hizo el viaje a Oriente para recibir la investidura de manos del Señor Nacxit, y, sin embargo, su nombre no aparece en la nómina de los príncipes reinantes. Su hermano menor, Qocavib, figura como el sucesor inmediato de Balam-Quitze, y, como se ha visto anteriormente, entre aquél y su lejano antecesor debe haber mediado largo tiempo, más de un siglo, si la noticia del *Título* es exacta, o cuarenta años, de acuerdo con los datos del *Popol Vuh* y la teoría de Ximénez.

El cálculo del cronista español que coloca el principio de la dinastía quiché hacia 1054 se aproxima bastante al cálculo que hemos hecho respecto a la salida de las tribus de la Laguna de Términos en la época de la fundación de las ciudades del Nuevo Imperio Maya de Yucatán (final del siglo X), dejando un margen razonable para la larga peregrinación de las tribus y sus continuas estaciones antes de llegar a su asiento definitivo. Debe advertirse, además, que no es necesario suponer que los conductores de los pueblos desde su llegada a Tulán hayan sido los mismos que inician el período histórico, sino que sus nombres y títulos pueden haber sido adoptados y continuados por otros jefes que les sucedieron en la delicada misión de dirigir a los peregrinos a través de los peligros y azares del camino. "Los hijos de Balam-Quitze... tomaron los nombres de los padres", dice el *Título de Totonicapán*.

Tal es, en síntesis, la historia que nos ofrecen las páginas de este libro, escrito con ingenuidad y franqueza por un representante de la raza quiché. Por buena suerte nuestra, aquel pueblo inteligente y batallador nos ha legado en un precioso manuscrito el cuadro de su alta cultura. Este manuscrito es, sin disputa, el esfuerzo literario e histórico de mayor aliento y significación realizado en la América indígena.

Es justo dedicar una palabra final al idioma quiché en que este libro fue escrito. El Padre Ximénez, que por primera vez

lo trasladó al castellano en los albores del siglo XVIII, disputaba el idioma quiché por el principal que ha habido en el mundo. Sin compartir por entero el juicio entusiasta del venerable historiador y eminente lingüista, debemos observar que sólo una lengua altamente evolucionada, dueña de un rico vocabulario y de una sintaxis flexible que se preste a la claridad y elegancia del estilo y a la fluidez de la narración, pudo servir de instrumento para componer esta obra que participa del interés y belleza de la novela y de la austeridad de la historia, y que pinta con los más vivos colores la vida y la mentalidad de un gran pueblo.

Percepciones
de los
VH